



CRIMEN EN LA CANCHA

RALPH BARBY



SS **SERVICIO SECRETO**



TONY
PERCK



RALPH BARBY

CRIMEN EN LA CANCHA

Colección SERVICIO SECRETO n.º 902

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
- RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 28.972-1967
Printed in Spain - Impreso en España

1.^a edición: noviembre 1967

© RALPH BARBY - 1967
sobre la parte literaria

© JAIME PROVENZAL - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre la ilustración interior

Concedidos
derechos
exclusivos a favor
de EDITORIAL
BRUGUERA, S.
A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona
(España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**
Bruguera, S. A., Mora la Nueva, 2 - Barcelona
– 1967

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

515. — Un amigo leal.

En Colección KANSAS:

449. — La horca espera una mujer.

En Colección CALIFORNIA:

577. — El tesoro de los confederados.

En Colección BRAVO OESTE:

322. — El gigante del «Trail».

En Colección SERVICIO SECRETO:

873. — Luna vieja llamada Calígula.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

156. — El loco ratón.

En Colección TEXAS:

602. — Lección de hombría.

En Colección PUNTO ROJO:

289. — Misión: hallar a Fobos.

En Colección ASES DEL OESTE:

436. — El marshal de hielo.

CAPÍTULO PRIMERO

El «Citroën DS» azul eléctrico, más conocido por «Tiburón», avanzó por el tráfico farragoso del *boulevard* Haussmann.

París, a aquella primera hora de la noche del domingo, estaba imposible por la excesiva circulación. Todo el mundo tenía prisa por aprovechar las escasas horas de fiesta que le quedaban y buscar un lugar donde divertirse.

Había una gran atracción aquella noche en la «Villa Lumière». En realidad, era una atracción para toda Francia, Alemania e incluso quizá Europa entera. Aquel gran espectáculo iba a ser retransmitido por televisión.

En el Estade J. Bouin del Parc des Princes, se iba a jugar la final internacional de copa entre el Racing de París y el Hannover-70, el gran equipo germano entre cuyos jugadores contaba a cuatro de los que más habían destacado en el último mundial londinense.

Charles «el Javanés» y Petit, un tipo de edad indefinida y estatura y peso insignificantes, de ojos maliciosos y dedos ágiles con las armas, lo sabían muy bien, por ello conducían el «Citroën» por el *boulevard* Haussmann.

Lograron encontrar un hueco para aparcar cerca de su objetivo, el Hotel Lune, un hotel de cierta relevancia y con tres estrellas en la guía turística francesa. Cerca de él, las imponentes Galerías Lafayette.

Petit, que era quien guiaba el automóvil y acababa de estacionarlo, se encaró con su compañero sin quitar las manos del volante.

—¿Recuerdas lo que te ha dicho el jefe?

Charles «el Javanés» era un euroasiático mestizo, nacido de un griego y de una nativa javanesa y cuyo físico era más parecido al de su madre que al del padre.

Había preferido residir en Europa. De país en país, de delito en delito, había acabado por formar parte de la banda del franco-argelino Maurice Ben Anui.

—Sí, claro que sí. «El Javanés» siempre trabaja bien, ya lo sabes.

—Ten cuidado, Charles, ese alemán me parece nervioso. La última vez que le vi estaba muy inquieto. Recuérda-le que cuando se

da un paso de este tipo ya no se puede volver atrás.

—Descuida, Petit, le haré entrar en razón.

El euroasiático tomó entre sus manos el envoltorio más o menos cilíndrico que mantuviera entre sus piernas, y abriendo la portezuela salió del coche. Petit le aguardaría allí, en la calle.

Las luces brillaban en toda la ciudad, pero en el *boulevard* Haussmann los neones semejaban parpadear más que en ningún otro lugar.

Charles se enfrentó con las puertas encristaladas del hotel, las cuales se abrieron electrónicamente antes de que llegara a tropezar con ellas.

Se introdujo en el vestíbulo y pasando ante la conserjería, se dirigió hacia el ascensor.

El conserje le miró con recelo. No obstante, no dijo nada. «El Javanés» parecía muy decidido en su trayectoria, no vacilaba. Él sabía perfectamente a dónde debía dirigirse.

—¿Piso, señor? —preguntó el botones ascensorista.

—Tercero —replicó grave, quedando quieto dentro del elevador.

El euroasiático sostenía fuertemente entre sus manos aquel singular envoltorio. Parecía como si temiera que fuera a escapársele. Para él, aquel incidente hubiera significado probablemente la muerte. Por eso, sus dedos apresaban con fuerza el paquete.

—Tercer piso, señor.

La puerta se abrió a ambos lados ante él y abandonó la caja elevadora.

El corredor estaba casi desierto. Solo una anciana con un sombrero lleno de flores y pájaros corrió hacia el ascensor.

—¡Espere, espere, yo bajo! —advirtió.

Charles, un hombre que había corrido mundo, le dedicó una breve mirada y pensó:

«Ridículamente inglesa, probablemente de Manchester o Liverpool.»

Y sin preocuparse más, continuó su camino.

Le fue fácil enfrentarse con la habitación 34. Alzó la mano y golpeó la puerta suavemente con los nudillos.

La hoja de madera se abrió.

Un hombre alto, atlético, rubio y con el cabello cortado a cepillo

le miró y suspiró.

—Ya era hora. Creí que no llegarías a tiempo.

—Déjame pasar, no conviene que nos vean demasiado juntos.

—Sí, claro, entra.

Karl Shoren se hizo a un lado y «el Javanés» penetró en la *suite*. Era una habitación confortable, no faltaba en ella de nada: televisión, teléfono y cuarto de baño individual y completo. Sus ventanas daban al *boulevard*.

La puerta tornó a cerrarse y ambos hombres quedaron aislados del mundo exterior.

El germano Shoren era el delantero punta del Hannover-70 y el mejor jugador con que dicho equipo contaba.

El estadio del Parc des Princes no tardaría en hervir frente a sus malabáricas jugadas y el cañoneo de sus fabulosas piernas. Shoren era el internacional que toda Europa ansiaba ver jugar a través de la pequeña pantalla. El partido iba a ser retransmitido por toda la cadena de Eurovisión.

—Es una buena idea por tu parte ocupar un hotel distinto al resto de tus compañeros —dijo «el Javanés» con cierta ironía.

El alemán hablaba francés, aunque no podía desligarse de su fuerte acento.

—Sí. Han quedado convencidos con la excusa de que así no me molestará la Prensa y los seguidores de mi club.

—Sí, claro. Permaneciendo escondido en otro hotel y con nombre falso, el gran fenómeno del fútbol Shoren, el «Cañonero Bismarck» como algunos te llaman, está tranquilo y descansado antes de comenzar el gran encuentro que dará muchos honores y dinero a quien venza. Pero si el público supiera la verdad, ¿eh, Shoren?

El deportista sonrió sin ganas. Era apreciable que se hallaba nervioso, demasiado nervioso. Sus labios reseco tenían un tinte ligeramente violeta y sus pupilas estaban dilatadas. Resultaba evidente que sufría una crisis.

—No perdamos tiempo. ¿Has traído la inyección?

—Sí —asintió Charles lentamente, mirándole a los ojos como si deseara calibrar sus posibilidades.

Shoren le devolvió la mirada. Para él, Charles resultaba un tipo adiposo, de cabello lacio recargado de brillantina que en algunas

partes parecía gotear.

En cuanto a su aspecto físico general, no era muy alto y sí bastante grasiento. Era su completa antítesis.

—Pues sácala, hay que darse prisa —apremió con su acento germano—. Pronto pasarán a recogerme. El partido empezará dentro de una hora o poco más.

—No corras tanto, Shoren, hay tiempo para todo.

—¿Qué significa esto? ¿Es que vais a cobrarme más caro esta vez?

—Oh, no, verás. El jefe ha decidido cambiar el sistema para distribuir la mercancía por el resto de Europa, ya me entiendes, Alemania, Inglaterra, Suiza, Italia y tantos otros países. Te advierto que el negocio es redondo como este balón —y quitándole el papel que servía de envoltorio, dejó en su palma una flamante pelota de fútbol. Su redondez era perfecta, su cuero de la mejor calidad y la recámara de aire, garantizada.

El germano pestañeó perplejo, no comprendía nada de aquello. Él solo sabía que necesitaba doparse y cuanto antes mejor.

—No entiendo, ¿qué quieres decir?

—Verás, Shoren, tú llevarás este balón a Alemania, a Hannover, como recuerdo de nuestra querida Francia. Una vez en tu país, lo entregarás a la dirección que te daremos por teléfono en conferencia.

Cuando Shoren quiso darse cuenta, tenía la pelota en la mano. Su acentuado profesionalismo le hizo sospesarla y objetó ceñudo:

—Este balón pesa demasiado.

—Eres listo, Shoren. Sí, pesa más que un balón de reglamento normal, mucho más.

—¿Qué hay dentro?

Charles sonrió cínicamente antes de aclarar:

—Nieve.

El deportista quedó envarado. Sus músculos se agarrotaron por un instante y el terror asomó a sus ojos, unos ojos casi infantiles.

—¿Cocaína?

—Sí, y químicamente pura. Es la mejor nieve que ha salido de nuestros laboratorios. Nuestro mercado en otros países se lanzará sobre ella, no nos costará hallar comprador.

—¿Y Ben Anui pretende que yo...? —no terminó de exponer lo

que pensaba, aunque se sabía sobreentendido.

—Sí, tú la pasarás en tu regreso a Alemania. Luego, ya en Hannover, entregarás el balón a quien te indiquemos. Sé que eres un chico inteligente y no te pondrás tonto.

El alemán, decidido pero temblándole las manos, colocó de nuevo el balón entre las manos del euroasiático, como si quemara.

—¡No lograréis involucrarme en vuestros sucios negocios!

—Te equivocas, Shoren, ya estás metido en ellos.

—¿Yo?

—Sí. ¿Es que crees que ahora voy a darte la toma, si no te prestas al juego?

El alemán, intuyendo lo que iba a ocurrir si se negaba, se sintió impelido por la rabia. Cogió a Charles por las solapas de la chaqueta y medio lo alzó en el aire.

—¡Tú me la darás, yo siempre pago el dinero que me piden!

—Quítame las manos de encima, Shoren —advirtió sonriendo, sin asustarse al parecer por la furia del futbolista.

—Está bien —y le dejó libre.

—Es mejor que entres en razón, Shoren. Esta vez no queremos dinero de ti.

—No, no queréis dinero, pero sí que os pase la cocaína a Alemania. A mí, al gran Shoren, me será muy fácil cruzar la frontera con un balón bajo el brazo.

—Justo lo que ha pensado el jefe.

—¡Pues dile que se equivoca! ¡Una cosa es que me vicie para ser el hombre único, el hombre incansable al que aplauden las masas!

—Y que gana muchos millones... —agregó su interlocutor sin moverse del sitio.

—Sí, pero no me convertiré en un traficante de drogas. Una cosa es tomar estupefacientes; si te cogen te pueden meter en un sanatorio, pero...

—Si te pillan pasando estupefacientes, te encerrarán en prisión. Eso es lo que temes, ¿eh? —preguntó cínico «el Javanés».

—Yo no iré a la cárcel por nadie. Dile a tu jefe que se busque otro hombre; estoy seguro de que lo encontrará.

—Lo siento, Shoren. Te ha escogido a ti y cuando el jefe pone el dedo sobre alguien, tiene que obedecer o cae.

—¿Cae, qué significa eso? ¿Es una amenaza?

—Podría serlo. Ten en cuenta que este balón vale más de un millón y medio de francos, nuevos, por supuesto. La cocaína pura se paga cara. Las soluciones más o menos concentradas ya es otra cosa pero aquí, aquí dentro —golpeó con el dedo sobre el esférico— hay nieve, nieve pura. Y como te niegues a colaborar, te quedarás sin tu toma.

El rubio germano se frotó las manos. Sus labios aparecían ahora más violáceos. Al final, como sacando fuerzas de su interior, musitó:

—Está bien, no tomaré esta vez. Saldré al campo sin la inyección. Por un día que trabaje menos no ocurrirá nada irreparable. Simplemente dirán que he tenido un día malo —y rio nervioso. Era una risa helada, larga.

«El Javanés» enarcó las cejas. Su compañero Petit ya le había advertido de que Shoren se pondría difícil y así estaba sucediendo. Por lo tanto, tenía que adoptar una táctica más dura con él.

—Ganas millones a patadas pero eres infantil, Shoren. ¿Crees que vamos a dejarte así, porque tú lo digas?

—¡Lárgate, ya te he dicho que esta vez no tomaré la cápsula!

—Oh, no, sería todo demasiado sencillo. Tú serás un buen chico, tomarás la inyección y esta noche volverás a ser el campeón de siempre. Mañana cruzarás la frontera con este baloncito.

—¡No me obligaréis! —exclamó entre irritado y desafiante.

—Te equivocas, porque si te niegas, la Federación Internacional de Fútbol pronto se enterará de que el gran Shoren, el ídolo de las multitudes, el «Cañonero Bismarck», se dopa. ¿Sabes qué significaría eso para ti? —el alemán puso una mirada de terror en sus ojos—. Yo te lo diré, Shoren. Te hundirán, te pisotearán, te arrastrarán todos los periódicos y ya no habrá nadie que se acerque a ti, porque todos los que hoy te aclaman, al sentirse defraudados te repudiarán. Pasarás a ser un pobre hombre, con dinero, pero un pobre hombre y además vigilado por la policía. Incluso, si te hacen un buen análisis clínico, puede que te recluyan en un sanatorio.

—¡No, no seréis capaces de hacerme eso!

—Naturalmente, ya ves que te conviene obedecer.

Shoren se puso fuera de sí. Cerró sus puños y avanzó amenazador hacia «el Javanés».

—¡No, no me destruiréis, porque antes te mataré!

—Quieto, Shoren, quieto —masculló el euroasiático viendo que

las cosas se ponían de mal en peor.

—¡Te aplastaré entre mis manos! —gruñó el germano, ahora babeante.

Charles no era ningún tonto. Había tratado a mucha gente y conocía de lo que era capaz un toxicómano por obtener su droga y también las reacciones más brutales que podía dar de sí un hombre desesperado.

Shoren era todo aquello junto en una misma persona. Sus ojos dilatados, el temblor de sus músculos, la voz estropajosa.

Estaba perdido si no actuaba con rapidez y una «Luger» apareció en su mano tras hundir esta por el interior de la chaqueta.

—¡Quieto, Shoren, o tendré que matarte! —amenazó.

De un manotazo el deportista, superior en envergadura, peso y en todos los aspectos físicos, hizo volar el arma antes de que «el Javanés» hubiera quitado el seguro.

—¡Te mataré, te mataré! —repetía Shoren con maníaca obsesión.

Hubo un pequeño forcejeo. Charles no era un buen encajador. Su cuerpo amorfo y adiposo acusó rápidamente los puñetazos que se clavaron en él.

Tosió antes de que un gancho, más propio de un boxeador de los pesos pesados que de un futbolista, lo proyectara contra la estantería baja sobre la cual se hallaba la televisión.

—¡No, no os saldréis con la vuestra, no lo conseguiréis! —repetía el germano.

Mientras el balón rodaba por el suelo, «el Javanés» abrió los ojos de forma extraña y estos no tardaron en vidriársele.

El deportista, aún con los puños cerrados, quedó inmóvil al ver a su enemigo. Por un instante dudó. Sentía miedo, un miedo desaforado, como el que tenía muchas veces al saltar a la cancha verde de un estadio.

—Oye, dile a tu jefe... —comenzó a balbucir.

Pero Charles «el Javanés» ya no le oía. Shoren, percatándose de ello, se inclinó sobre el traficante en estupefactos.

La cabeza se ladeó de golpe hacia la derecha, falta de vida. Al intentar ponerla bien, sujetándola por la nuca, Shoren sintió algo viscoso en la mano.

—Sangre... —arguyó.

Inclinó su oído sobre el pecho del «Javanés, buscando el tamborilear del corazón. Casi castañeteándole los dientes por lo que podía significar aquello, musitó:

—Está muerto, lo he matado...

Pasado el primer momento de terror, pensó en ocultar su involuntario crimen. No, no podía ir a la cárcel, sería su fin, el fin de un hombre situado en la cúspide del éxito.

Arrastró el cuerpo hasta el cuarto de baño, y una vez en él lo metió dentro de la bañera. Sus manos, al mover el cuerpo, tropezaron con algo que aquel tipo llevaba en el bolsillo.

Eran dos cajas alargadas que Shoren conocía muy bien. Una de ellas encerraba una jeringuilla hipodérmica, agujas y una goma, todo preparado en el mínimo espacio.

La otra caja, a simple vista, contenía seis inyectables de vitamina B12 expedida por unos laboratorios suizos. Mas el deportista sabía que aquello no era vitamina, aunque en cierta farmacia y con una receta contraseñada, podía obtenerse con facilidad siempre que se pagara su elevado precio. Lo difícil era conseguir aquella receta contraseñada.

«Bueno, será mejor que triunfe esta noche, mañana ya estaré en Alemania. Mi nombre, en el hotel, es supuesto. Borraré las huellas y nadie podrá acusarme de la muerte de ese sujeto, se dijo mientras limpiaba las manchas de sangre que había en el suelo con una toalla.

El germano era uno de esos individuos que cuando veía sangre sentía náuseas. En aquellos instantes se encontraba mal, muy mal, y por si fuera poco debía inyectarse la droga.

Arreglada ya la habitación, abrió la puerta y miró hacia el exterior.

El corredor, en el que se abrían varias puertas, se hallaba vacío. De pronto, oyó unos pasos. Eran femeninos, no cabía duda.

Con pupilas ansiosas no tardó en ver aparecer a una joven morena de grandes ojos y silueta atractiva. Shoren, en otra ocasión, la hubiera mirado de distinta forma.

—¡Eh, señorita!

La fémina alta, mostrando sus rodillas y trasluciendo en las ceñidas ropas lo curvilíneo de su figura, no hizo caso en principio, pero la insistencia del germano la obligó a girar la cabeza.

—¿Me llamaba? —preguntó entre perpleja y dispuesta a soltar un desplante.

—Sí, acérquese un momento, la necesito.

—Sí, eso de que me necesita está muy bien, pero se equivoca conmigo. Busque a otra. Yo me dirijo a mi habitación particular, que precisamente es esa que hay junto a la suya y le agradecería que no me molestara.

—Perdone si la he ofendido con mi abordamiento, pero no es lo que piensa. La necesito. ¿Sabe usted poner una inyección en la vena?

La joven parpadeó con sus largas pestañas. Juntó las manos en un ademán instintivo y replicó:

—Lo que a usted le hace falta es una enfermera y yo soy manicura. He venido a París a expensas del gremio de mi ciudad para asistir a una concentración profesional.

—Bueno, no importa. Si se atreve a darme la inyección me hará un gran favor. Tengo prisa, mucha prisa. He de salir a jugar dentro de pocos minutos.

—Ah, ¿es usted deportista?

Shoren se sintió cogido en su propia trampa. No había querido delatarse, pero ahora que había empezado no le quedaba otro remedio que decir la verdad a aquella morena que dudaba en ayudarle.

—Sí, formo parte del equipo Hannover-70 que juega esta noche contra el Racing. Me llamo Shoren.

—Ah, sí, ya he oído hablar de usted y también estaba enterada de que juega esta noche, aunque lo mío, por supuesto, no es el fútbol sino la manicura. Ya ve, si quiere que le arregle las uñas puedo hacérselo como un favor, porque mientras esté en la convención de París no pienso trabajar. Vivo a expensas de mi gremio.

—Ah, ¿y de dónde es?

—De Londres. Me llamo Rafy Caywell.

—Bueno, Rafy, tiene que hacerme este favor, es urgentísimo —apremió mirando su cronómetro de pulsera.

—¿Y por qué yo? Podría ponerle la inyección, pero me arriesgo a que me metan en la cárcel si le ocurre algo malo. No soy enfermera, busque a una de ellas. Si llama a la conserjería, quizá le

envíen a una.

—No, no puede ser.

—¿Por qué? —inquirió ella sonriendo escéptica.

—Porque si me doy una inyección ahora, las autoridades sanitarias pueden recelar. No es que fueran a encontrar nada, pero entre que me hacen las pruebas y todo me excluirían del equipo. No deseo fanfarronear, pero en estos momentos soy imprescindible en el campo.

—De acuerdo, le ayudaré si me promete que no tratará de hacerme una jugarreta una vez dentro de su habitación.

—No tema. Dejaremos la puerta ligeramente abierta. Si ocurre algo que no le agrade, grite.

Rafy Caywell penetró en la estancia. Allí, Shoren lo preparó todo en segundos.

Poco después, su vena se hinchaba y la sangre de esta pasaba a la jeringuilla cargada con lo que a la joven londinense le pareció simplemente vitamina B12, pues así rezaba la caja de inyectables que escondían la nefasta cocaína.

—Ya está. ¿Le he hecho daño? Tenga en cuenta que no soy una profesional, aunque sí he asistido a cursos de socorrismo en Inglaterra.

—No, no me ha hecho daño, muchas gracias. Por cierto, no se le nota el acento inglés.

—Gracias, para mí es un piropo. No en vano me he quemado las pestañas en la escuela de idiomas.

Shoren se bajó rápidamente la manga de la camisa, controlando de reojo la puerta del cuarto de baño. Sabía que «el Javanés» estaba muerto y por lo tanto inmóvil. Sin embargo, temía algo e ignoraba el qué.

—¿Puedo pagarle con algo? —preguntó mientras su respiración, antes agitada, se acompasaba gracias a la ya imprescindible droga.

—¿Desea insultarme, Shoren? Yo solo he pretendido hacerle un favor —repuso la muchacha. El deportista no era su tipo. De joven, casi una niña, le habían gustado los hombres rubios, pero después sus preferencias habían cambiado; ahora le agradaban morenos.

El germano contrajo sus pupilas paulatinamente, tornándose más locuaz. Se sentía seguro, algo nuevo corría por sus venas. Eran los efectos del execrable estupefaciente, del que se servía para

obtener sus grandes triunfos.

Su mirada se detuvo en el balón que quedara detenido bajo la ventana. Su faz se iluminó con una sonrisa. Fue hacia él y lo recogió.

A una mujer, por demás no aficionada al fútbol, no se le ocurriría abrir la pelota para comprobar si había algo en su interior y tampoco recelaría de su peso.

—Rafy, ¿tiene un bolígrafo o pluma, algo que escriba?

—Sí, tengo un bolígrafo en mi bolso.

—Préstemelo unos momentos.

Poco después, el futbolista estampaba su firma con grandes caracteres sobre el cuero blanco del balón. Lo tendió a la joven al tiempo que le devolvía el bolígrafo de caña de oro.

—Tómelo como recuerdo de mi agradecimiento.

La inglesa sonrió, mirándolo con más simpatía.

—Bueno, creo que aceptar esta pelota no me compromete a nada y así guardaré su recuerdo. Ah, le deseo que gane esta noche. Después de todo, yo no soy francesa para querer que gane el Racing.

—Gracias —repuso él.

La joven dio la vuelta y salió de la habitación moviendo sus caderas. Ahora sí se fijó en ella el alemán» La morena tenía *sex-appel*.

No tardaron en presentarse en el Hotel Lune los compañeros de Shoren. Este, con las prisas, les impidió que penetraran en su cuarto. Si se descubría el cadáver, estaría perdido. En cambio, si eso sucedía al día siguiente, cuando él se hallara en Alemania, la situación sería distinta.

El microbús que les conducía atravesó París de norte a sur. Cruzó por el puente D'Auteuil y enfilaron por la avenida del General Sarrail. Poco después, se introducían en el Parc des Princes.

Todos los compañeros se autoauguraban una victoria. Shoren reía y fanfarroneaba, pero todo ello era puro nerviosismo.

Se hallaba sentado y le parecía estar envuelto en algodones. Aquella sensación era producto de la fuerte dosis inyectada. Sin embargo, sentía miedo, sus manos sudaban fríamente y para que sus compañeros no lo advirtieran las escondió en los bolsillos.

El estadio J. Bouin bullía, era un verdadero hormiguero

humano. Voces, gritos, luces, flashes de fotógrafos, todo deslumbraba al jugador que no cesaba de sonreír.

No obstante, alguien que le hubiera observado fríamente, sin la pasión que en aquellos momentos reinaba a su alrededor antes de comenzar la trascendental confrontación, habría opinado que aquella era la sonrisa de un cadáver.

Como un autómatas se cambió de ropa. La camiseta azul eléctrico cubrió su cuerpo. El número nueve, en color amarillo, destacó sobre su espalda.

—Vamos, Shoren, el público aguarda. El árbitro ya está en la salida, falta muy poco para que el partido empiece —apremió su entrenador, un tipo que siempre llevaba un grueso cigarro entre los dientes, cigarro que mascaba más que fumaba.

Cuando saltó a la cancha entre sus compañeros, el verde llenó sus ojos. Arriba, en lo alto, grandes y potentes focos iluminaban como soles el amplio terreno. En la oscuridad, como un gran monstruo, el público rugía.

—¡Alinéense para los fotógrafos de la Prensa! —gritó alguien.

Shoren se alineó entre sus camaradas. En sus manos pusieron una pelota blanca como la que entregara a la joven inglesa. ¿Cómo se llamaba aquella chica? Ya no se acordaba, solo veía pequeñas llamitas a lo lejos, entre la ruidosa oscuridad. Eran los fósforos y mecheros que encendían los cigarrillos de los impacientes espectadores.

De pronto, algo le cegó haciéndole parpadear nerviosamente. Los fotógrafos comenzaban a disparar sus flashes.

El germano fue de un lado a otro del campo pisando el mullido césped. Sentía poder en sus piernas, pero el tumulto que había a su alrededor le aturdía.

De pronto se colocó en su sitio, más por instinto que por saber lo que debía hacer. Sonó un silbato y aquel balón blanco rodó por el suelo hasta detenerse a sus pies.

«¿Qué tengo que hacer? ¡Correr hacia delante!», se dijo. Y como si fuera una máquina prusiana, obedeció a su instinto.

—¡¡¡Gooooool!!! —clamó el público puesto en pie, convertido en imponente monstruo siempre sumido en las tinieblas.

Shoren vio al portero francés tendido en el suelo, golpeando con sus puños el césped. Tras él, un gran marco de madera blanca.

El alemán, como si no comprendiera lo que estaba sucediendo, se quedó quieto y de pronto desapareció de él la sensación de frío. Sus compañeros se le echaban encima, abrazándole.

Se reanudó el partido. La televisión y las pupilas de los radiofonistas no se perdían detalle. Las bocas se llenaban de:

—¡Shoren, Shoren, el «Cañonero Bismarck», ha comenzado ya a barrer la defensa francesa y a perforar su marco!

Tres franceses trataron de contener aquella máquina; que corría y corría, sin despegar el balón de sus borceguíes, pero fue inútil; hubiera sido como detener un vendaval.

Como el aire se filtró entre ellos y rectamente cruzó la línea defensiva. Solo el portero, temblándole las rodillas, vio llegar al rubio «Cañonero Bismarck».

El público se puso en pie de nuevo. Algunos rugían, otros contenían el aliento. El tabaco se deshizo entre miles de dentaduras apretadas.

De pronto, cuando solo le faltaba impulsar el esférico con la punta de su bota, Shoren, el fabuloso Shoren, se desplomó de bruces quedando tendido cuan largo era.

Hubo un gran «¡Oh!» de desilusión que brotó hasta de las mismísimas gargantas francesas. Tampoco faltaron las risas de quienes creían había sido un resbalón ridículo.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió uno de los jugadores cuando el árbitro italiano corría hacia el caído.

Inclinándose sobre él, descubrió algo que le dejó atónito.

Por el hueco azul eléctrico del nueve amarillo de su espalda comenzó a surgir la sangre. Shoren no se movía.

—¡Que venga el cuidador! —pidió el italiano nervioso mientras todos los jugadores se inclinaban sobre Shoren, ocultando al público lo que sucedía.

Cuando el cuidador-masajista se inclinó sobre su pupilo, le levantó la camiseta y descubrió el orificio que aparecía en su carne y del que brotaba abundante sangre.

Tras comprobar que el pulso ya no latía, alzó su cabeza y anunció a cuantos le rodeaban:

—Ha muerto. Shoren ha sido asesinado de un disparo por la espalda.

CAPÍTULO II

Jean Burdeau, gerente del Jazz-Streep Club, un sujeto negro y con el rostro grabado por la viruela, achicó sus pupilas y escrutó el rostro del cliente. A su lado, un camarero entrecruzaba los dedos nerviosamente.

—Lo siento, amigo, se confunde.

Tony Perck, norteamericano hasta la médula, pues pese a hablar correctamente el francés su acento le delataba, sonrió.

—¿Que me confundo? Qué raro, mi amigo me dijo que aquí encontraría lo que busco.

Jean Burdeau suspiró. En tono de advertencia expuso:

—Si quiere beber unas copas, ver el show o tener la compañía de una chica más o menos de su gusto, quédese, para eso está abierto el club, pero si pretende algo más, lárguese —dicho esto, el gerente de aquel club, repleto de humo, clientes y chicas y falto de luz, dio media vuelta con ademán de alejarse.

Perck era un tipo alto y musculado. Vestía elegantemente. Tenía el cabello negro, abundante y un tanto ondulado. Sus ojos no eran grandes, pero sí inquisitivos y habitualmente guasones e irónicos. Su mentón destacaba por lo recio y agresivo.

—¡Eh, tú, «mapa lunar», espera!

Jean Burdeau captó de inmediato que la indirecta iba dirigida al grabado de su cara. Apretó los labios y cerró los puños. Después, giró la cabeza lentamente.

—Cuidado, yanki. A los franceses no nos gustan los socarrones.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué hacéis cuando os molestan?

El galo suspiró.

—Tenemos unos buenos chicos que sacan el polvo de los trajes de quienes se pasan de guasones y estorban en el local.

La atención de los clientes más próximos se apartó de la pista, donde un conjunto de jazz de color hacía vibrar sus instrumentos, para centrarse en el americano y el gerente.

—He venido buscando a Maurice Ben Anui y quieren presentarme a dos *bouncers*, porque supongo que esos chicos de que me hablas serán de los que echan a la calle a los tipos que no caen simpáticos como yo, ¿verdad, «Caraluna»?

Jean Burdeau chasqueó los dedos de modo singular. Su llamada fue captada al instante.

Del fondo del establecimiento, junto a una pared, se despegaron dos individuos de casi dos metros de estatura cada uno.

El más delgado tenía la nariz partida. No cabía duda de que era un boxeador perteneciente al grupo de los pesos pesados, quizá venido a menos.

El otro era más grueso. Su cara resultaba redonda y siempre sonreía mostrando los dientes. Sus brazos, exageradamente largos, corroboraban su aspecto gorillesco.

Ambos vestían de smoking y ofrecían la misma impresión que dos rinocerontes envueltos en papel de celofán.

—El amigo quiere marcharse y espera a que vosotros le mostréis la salida —indicó Burdeau con una sonrisa, mezcla de triunfo y desprecio hacia el yanki.

—Comprendido, señor —asintieron los dos tipos al unísono.

Luego Paul, el exboxeador, se dirigió a Tony Perck.

—Vamos, amigo, la salida está por allá —y señaló con el pulgar por encima de su propio hombro.

—¡Cómo siento que os molestéis por mí! Yo no pienso irme, estoy esperando a un amigo, a Maurice Ben Anui, concretamente.

Perck extrajo un nuevo cigarrillo y le prendió fuego con una parsimonia que irritó a los franceses.

En las mesas cercanas comenzaron a producirse risitas. Hacía falta valor para comportarse de aquella forma ante Paul y Napo. Varias mujeres fijas en el club, bien como «ganchos» o artistas de *strep-tease*, le observaron admiradas.

—¡Vamos, sacadlo! —ordenó el gerente, ya seco.

Napo y Paul se situaron a derecha e izquierda del tranquilo y burlón yanki, al que muchos consideraban un loco suicida.

Las poderosas manos de los *bouncers* pasaron por debajo de sus axilas y se sintió elevado en el aire como una pluma. Aquellos energúmenos acababan de convertirse en verdaderas grúas humanas y al parecer no les representaba ningún esfuerzo físico.

—No se preocupe, señor, le quitaremos bien el polvo —gruñó el gorillesco Napo.

—Eso espero. No quiero verlo más por aquí. Siempre me han fastidiado los yankis que se creen los amos del mundo.

Tony Perck semejó hacer caso omiso de las palabras de Burdeau. No aparentaba temor por verse izado pese a su también poderosa envergadura.

Otro, en su lugar, habría comenzado a patalear y chillar. Los cuidadores del club estaban acostumbrados a tales tipos. El americano estaba resultando una excepción.

—¡Un momento, amigos! Antes, quiero dar la última chupada a mi cigarrillo.

Cogió el pitillo con la zurda, y con una tranquilidad que sorprendió a todos, apoyó la punta candente sobre el dorso de la mano de Paul.

Al sentirse quemado, el exboxeador profirió un alarido y este momento fue aprovechado rápidamente por el americano, que lanzó su diestra en gancho cruzado sobre la mandíbula del sonriente Napo.

Esta vez no fue alarido, sino un gruñido, lo que sonó en el club, aunque Napo hubiera gritado de poder hacerlo.

Aquel puñetazo bajo sus mandíbulas le había sorprendido de tal forma que los dientes quedaron clavados dolorosamente en su propia lengua. Los labios se tiñeron de rojo y su mirada adquirió la misma tonalidad.

—¡Vamos, estúpidos, sacadlo de aquí, acabad con él —gruñó el gerente.

Pero el «Caraluna», como le llamara Perck, había subestimado al yanki en demasía y no tardó en percatarse de ello.

Paul y Napo, sorprendidos y rabiosos, se abalanzaron contra Tony Perck.

Pero este desapareció ágilmente de un salto y ambos brutos se dieron de bruces uno contra el otro. El americano aprovechó para apoyar sus palmas en una mesa situada a su espalda y proyectó sus pies hacia delante.

Las suelas de los zapatos golpearon sobre los dos rostros a un tiempo y los secuaces de Jean Burdeau fueron lanzados hacia atrás, precipitándose contra dos mesas llenas de público.

Rápidamente, los gritos e imprecaciones llenaron la sala. Los músicos dejaron de tocar y la pelea se convirtió en una incontrolable acción en cadena.

Sillas, botellas, vasos, comenzaron a volar. Las escasas bombillas

estallaron una a una, llenando el suelo de cristales.

Las mujeres chillaban yendo de un lado a otro. Los hombres daban un puñetazo y muchos de ellos recibían dos. No tardaron en quedar varios tendidos.

Paul y Napo buscaban como locos al escurridizo Tony, pero este se cuidaba en aquellos momentos de dejar un recuerdo más en la cara del gerente que, con un gran hematoma en su ojo derecho, quedó sentado bajo una mesa. Cuando Tony Perck lanzaba su bolea de derecha, no fallaba jamás.

—¡La policía! —gritó alguien.

La mayor parte del público, enzarzado en una pelea que parecía el asalto a una plaza, se lanzaron contra la salida. Pero un numeroso grupo de gendarmes les rodeó cerrando la salida.

La presencia de los uniformados policías, la estridencia de sus silbatos, no bastó para terminar rápidamente aquella pelea. Varios de los gendarmes rodaron por el suelo. Los puños que salían de todos los rincones, con fuerza de arietes demoledores, no hacían distinción alguna.

Poco a poco, la fuerza pública se fue imponiendo. Habían llegado refuerzos y varios furgones en los que iban introduciendo a los detenidos.

Tony Perck se vio rodeado de gendarmes. Sus puños actuaron de molinete y varios cayeron abatidos.

Al fin, dos porras le alcanzaron. Una sobre el hombro derecho y la otra sobre el estómago.

—¡Ya os daré yo, polizontes!

Uno de los policías, alcanzado de lleno en pleno rostro, abrió brecha entre sus compañeros situados a su espalda al ser despedido hacia atrás.

—¡Sujetad a ese energúmeno! —gritó el agente.

Tony Perck cayó como Gulliver en el país de Liliput.

Se sintió cogido de piernas, manos, brazos, cuerpo y cabeza. Una decena de agentes fueron casi insuficientes para llevárselo en volandas.

Poco después el norteamericano, con un ojo morado y sin dejar de sonreír, desaparecía en el furgón policial.

Este, tocando su entrecortada sirena, se lanzó a toda velocidad hacia la plaza Louis Lépine, donde se ubicaba la prefectura de

policía.

* * *

Rafy Caywell, ostensiblemente preocupada, releyó una vez más la primera página de L'Équipe. El gran periódico deportivo en aquella ocasión parecía haberse convertido en una publicación sensacionalista de la crónica negra.

«Shoren, el "Cañonero Bismarck", asesinado en la cancha del Parc des Princes. Una bala le atravesó la espalda. En la autopsia se ha comprobado que aquella noche se había drogado con un inyectable de cocaína, lo que hace suponer que el gran campeón se dopaba. Un ídolo ha caído.»

Lo que la Prensa omitía, pues por lo visto la policía se había callado, es que se había encontrado un cadáver en el cuarto de baño de su hotel.

Rafy Caywell, la inocente joven inglesa que había ido a París para una convención de profesionales en manicuras y pedicuros en general, se hallaba metida en un lío que la hacía temblar.

Bajo su brazo sostenía el balón blanco firmado por Shoren. En su diestra, el periódico L'Équipe y su mirada se clavaba en el imponente edificio de la gendarmería parisina.

Estaba indecisa, no sabía qué actitud adoptar.

De pronto vio salir de la prefectura a un hombre alto, moreno, viril, que llamó su atención.

Vio cómo descendía las escalinatas y cruzaba la acera. Luego, se dirigió rectamente hacia ella con la mayor naturalidad del mundo.

—Hola, preciosa. ¿Te ocurre algo?

Al sentirse abordada de semejante forma, Rafy Caywell parpadeó. Con voz queda, como si le costara un gran esfuerzo articular las palabras, preguntó:

—¿Es usted de la policía?

Tony Perck estalló en una carcajada. El sol que lucía en aquellos momentos hizo brillar su perfecta dentadura.

—¿Policía, yo? ¿Es que no se me nota que soy americano?

—Bue...bueno, perdone... —tartamudeó Rafy como niña cogida

en falta.

—No hay de qué, preciosa. Te he visto aquí sola y a mí siempre me han atraído los monumentos femeninos. Por eso estoy en París.

La muchacha se sintió enormemente nerviosa. Jamás en su vida había tenido una sensación como aquella. Bajó la mirada como avergonzada y dijo:

—Disculpe.

Y dio media vuelta para alejarse rápidamente.

—¡Eh, espera!

Tony Perck la alcanzó y cogiéndola por el brazo la detuvo. Sin dejar de sonreír la miró a la cara. Ella protestó débilmente:

—Pero ¿qué hace?

—Cogerte. A mí me gustan los monumentos, ya te lo he dicho y ahora que puedo tener la compañía de uno no creerás que voy a soltarte.

—Por favor, no soy lo que usted piensa.

—¿Y qué crees que pienso yo?

De nuevo la inglesa se sonrojó. Deseaba escapar y no sabía cómo. Una fuerza irresistible la mantenía junto al hombre. A su lado se sentía indefensa, sin poder de decisión.

—¡Déjeme marchar! —casi suplicó.

—Un momento, me has tomado por un policía y ahora pareces asustada. Si me cuentas lo que te ocurre te dejo volar, palomita.

—No, no me pasa nada —denegó sin demasiado convencimiento.

—Yo creo que sí, lo malo es que no puedo imaginarme a una chica que ha huido de su casa para ir a jugar a la pelota.

En aquel instante, Rafy reparó en el balón que llevaba en las manos y le temblaron las rodillas solo de pensar que pudieran acusarla de inyectar estupefacientes.

—No, esta pelota solo es algo así como un autógrafo...

—¿De Shoren?

—¿Cómo lo sabe? —inquirió en vez baja.

—Lo leo a simple vista. Ya que no puedo saber por qué te atraen los policías, te acompañaré. ¿Dónde vives?

—¿Dónde vivo? —repitió perpleja—. Bueno, yo soy inglesa.

—Pues hablas muy bien el francés. No te pasa como a mí, que se nota a la legua que soy norteamericano.

—Sí, sí, tengo que irme...

—No pretenderás también mantener el secreto de donde te hospedas, ¿eh? Sería demasiado. Cuando encuentro un monumento inglés en París, quiere desaparecer del alcance de mi vista, pero no lo permitiré. Yo soy un gran amante de cierta clase de monumentos... —al fin, ante aquel despliegue de simpatía por parte del yanki, la muchacha sonrió—. ¿Dónde vives?

—En el Hotel Lune.

—¡Qué casualidad! Allí resido yo también.

—Pues creo que no nos hemos visto antes —indicó ella sintiéndose ya más tranquila.

—La verdad es que yo llegué ayer a última hora y esta noche no he podido dormir allí.

—Comprendo —dijo Rafy bajando la mirada.

—Pues no es tan fácil y te lo digo en serio. Seguro que piensas mal.

—¿Y qué otra cosa se puede pensar de un extranjero que el primer día que llega a París no duerme en su hotel? —preguntó riendo.

—Pues te equivocas. He pasado la noche entre un montón de vagos y maleantes. También había algunas personas que no parecían tales, aunque hurgando en sus vidas...

—¿Es usted uno de esos?

—Podría ser. Lo cierto es que no se duerme nada bien dentro de una celda.

—¿Lo metieron en la cárcel?

—Exacto.

—¿Por qué? —interrogó circunspecta, aunque estaba a punto de echarse a reír.

—Hubo una pelea en un club. Fíjate en mi ojo derecho. Si no llega a ser por un pedazo de carne tierna que me hice poner en él, ahora estaría más oscuro que la entrada de un colector.

—¿Le pegaron?

—Creo que yo repartí más, pero luego se me echó una nube de gendarmes encima y me cazaron. Me han dicho que todos los periódicos de la mañana publican la noticia. Creo que la encabezan con el pomposo título de...

—Déjeme, a ver si lo acierto.

—¡Suelta lo que se te ocurra! —rio él.

—«Gamberrismo Yanki».

—¡Exacto! ¿Cómo lo has acertado?

—Porque he comprado todos los periódicos y en uno de ellos he leído la noticia. Lo que no me figuraba es que llegaría a toparme con el promotor del incidente.

—Pues ya ves, preciosa, has tenido esa suerte.

—¿Y cómo le han soltado?

—Mi banco ha pagado una buena fianza. De lo contrario tendría que haber contemplado el mundo a través de unos barrotes y te aseguro que ese mirador no me gusta. Ahora, si me acompañas hasta la esquina, iremos hasta el hotel en mi coche.

—Bueno, Tony.

—¡Caramba! —exclamó el hombre—. ¡Si hasta sabes mi nombre!

—El periódico lo llevaba en letras gruesas, y yo suelo tener buena memoria para los nombres.

—Sí, eso les pasa a casi todas las mujeres.

—¿Pretendes insinuar que todas somos unas chismosas? —preguntó la joven cómicamente enfadada.

—Oh, no. ¿Cómo has dicho que te llamas tú?

—Rafy Caywell, pero aclárame lo de antes.

—Sí, ya te lo aclararé —desviando la conversación, indicó súbitamente—: Mira, aquel es mi coche.

El auto en cuestión resultó un «Cadillac» blanco descapotable que dejó boquiabierta a la mujer.

—¿De veras que es tuyo?

—Mi abuelita, que es muy rica, quería regalarme este cacharro o un «Rolls Royce». A mí, francamente, me gusta más el «Cadillac». No tengo aire de marqués y las chicas suben más deprisa a este.

—Pues esta vez te equivocas. Como inglesa, yo prefiero el «Rolls»...

La joven comenzó a caminar por la acera con aire altivo y ofendido.

El norteamericano sonrió. Bajó sus brazos y en un abrir y cerrar de ojos, Rafy quedó en ellos y fue elevada en el aire.

—¡Socorro! —gritó asustada.

—No grites más, que van a creer que te raptó y tendré que dar la excusa de que estamos rodando un filme con cámaras ocultas.

La mujer estalló en una carcajada y se sintió caer en el interior del coche sin que la portezuela hubiera llegado a ser abierta. Poco después, rodaban por el centro de París.

—Siempre había oído decir que los americanos eran unos ricachos insoportables y ostentosos.

—¿Nada más?

—Bueno, algunas otras cosas de que todo lo conquistan y si no lo toman por asalto.

Él mostró sus dientes sanos y cuidados al reír.

—¡Ahora ya puedes hablar con experiencia!

—Desde luego. Lo que no me habían contado es que fueran verdaderos huracanes.

Llegaron al Hotel Lune y ya dentro del ascensor, él inquirió:

—¿Piso?

—Tercero.

—Diablos, una casualidad encima de otra. Yo también voy al tercero.

El ascensorista oprimió el botón y la cabina elevadora les dejó poco después en la planta indicada. Ya solos en el pasillo:

—¿Habitación?

—¿Te interesa mucho saberlo, Tony?

—Bueno, nunca está de más conocer cuál es el número del joyero que guarda una perla.

—¡Eso sí que no lo esperaba! Creí que los americanos estabais reñidos con el romanticismo.

—Pues ya ves, también estamos hechos de barro y de cuando en cuando nos convertimos en unos sentimentales insoportables. Ah, por si necesitas de mí o de mi coche, mi habitación es la treinta y cinco.

—La mía es la treinta y tres. Casi somos vecinos.

—En una ciudad extraña para ambos, puede que eso nos traiga suerte, lo malo es que hay otro de por medio.

—¿Otro de por medio? No entiendo...

—Sí, el de la habitación treinta y cuatro.

La joven se tornó grave de súbito. Dio media vuelta, alejándose hacia su apartamento y se despidió con un breve saludo. Un instante después se perdía de la vista del ahora ceñudo yanki.

Pensativo, Tony Perck abrió la puerta de su cuarto y se introdujo

en él. Algo duro le sorprendió, apoyándose en su costado.

—Cuidado, yanki. Un solo movimiento y palmas con jarabe de plomo.

El americano se encogió de hombros y sonrió, comenzando a levantar las manos filosóficamente.

CAPÍTULO III

Tony Perck contó hasta cuatro hombres en su apartamento. Uno de ellos parecía estar en peor suerte que él, pues le habían atado de pies y manos a una silla en la que se hallaba sentado.

Su boca estaba cubierta por una mordaza y pese a las gafas oscurísimas no tardó en reconocerlo.

—¡El gerente del club!

—Por lo visto, tú también conoces a ese pájaro de cuenta.

Tony Perck se volvió hacia la derecha. Allí, sentado en un sillón, un tipo grueso, grasiento y con solo unas hebras de cabello cruzando de parte a parte su gran calvicie.

—A él lo reconozco pero a ti no. ¿Cómo te llamas, gordinflón?

Aquel sujeto, que semejaba ser el jefe de los otros dos que le encañonaban con sus armas, dio un respingo. Uno de sus secuaces levantó la pistola como si se dispusiera a descargarla sobre el americano.

—¡Espera, Marcos, no le partas la testa todavía!

El propio Perck corroboró burlón:

—Ya has oído, amigo, déjalo para más tarde.

—Condenado yanki. Ya me han contado que eres un fanfarrón y todos los periódicos publican la «gorda» que armaste ayer en el club de ese cochino —señaló a Jean Burdeau, el sujeto de la cara grabada. Los cráteres de la piel apenas se veían ahora, a causa de la mordaza y las grandes gafas.

—Sí, solo fue un poco de ganas de jugar. En el barco, viniendo hasta Europa, me aburrí mucho.

—Ya, y ayer te destapaste —rio el individuo que parecía dominar la situación.

—Sí, pero esta noche he tenido que dormir en una incómoda *suite*.

—¿Cómo te han soltado los de la «bofia»?

—Pagando. Mi banco se ha hecho cargo de la fianza.

—Eso quiere decir que tienes pasta —expuso sinuoso su interlocutor. Su voz también tenía acento que no correspondía a un nacido en Francia.

—La suficiente para convidar a los amigos a una copa —hizo

ademán de avanzar, pero aquel sujeto le cortó.

—Cuidado, no te muevas aún; no te lo he ordenado.

—Ah, sí, claro, falta presentarnos. Ya sabéis, yo me llamo Tony Perck, ese tipo de ahí algo parecido a Jean Burdeau, ¿y vosotros?

—¡Condenado yanki! —exclamó riendo como si le divirtiera la situación—. Tipos como tú, con tu sangre fría, hacen falta en Europa. Mi nombre es Giacomo Perucci y mis amigos Marcos y Aldo.

—¿Italianos todos? —preguntó como si a él también le hiciera gracia la situación, pese a estar encañonado por dos pistolas automáticas ya provistas de silenciador.

—De la vieja hornada —agregó Perucci. Limpiaba sus manos sudadas en los brazos del sillón una y otra vez.

—Los tiempos de Capone están caducos. Si no os renováis, estáis perdidos, machos.

—Menos dar consejos y fanfarronear, yanki. ¿De dónde has venido, Chicago, Nueva York?

—Frío, frío. Si hubieras dicho Detroit, habrías acertado.

—¿Detroit? ¿Te gusta la frontera con el Canadá?

—Sí, siempre es beneficioso estar junto a la frontera. A veces hay que dar el salto y la policía le da a uno tan poco tiempo...

—Eres ocurrente, yanki.

—Sí, muy ocurrente, pero ¿puedo sentarme? Creo que esta es mi habitación.

—Espera. Marcos, cachéalo.

—No vais a encontrar nada, pero si no os fiáis.

Marcos lo registró mientras su compañero apoyaba la pistola sobre la cerviz del americano.

Cuando el secuaz de Giacomo Perucci hubo terminado su rápido pero concienzudo cacheamiento, movió la cabeza en sentido negativo y agregó de viva voz:

—Ni un alfiler.

—¿Cómo iba a llevar armas si vengo directamente de una celda?

—Ahora sí puedes sentarte, yanki.

Tony Perck se arrellanó en el sofá. No obstante, seguía vigilado atentamente por las armas. Aquellos tipos resultaban terriblemente desconfiados, y él no deseaba comprobar si tenían los dedos ágiles para disparar.

—¿Seguís recelando?

—No me fío de nadie, yanki. Me dijeron que ayer parecías inofensivo y te cargaste a los gorilas del club y no sé a cuánta gente más. Creo que ese cochino también tiene unos buenos recuerdos tuyos —dicho esto, le quitó los lentes a Burdeau, dejando al descubierto sus ojos morados y ostensiblemente hinchados.

—Sí, ya veo. Ahora caigo por qué me dolían los nudillos esta mañana. Ese Burdeau debe tener los huesos un poco duros.

—Estás resultando gracioso, yanki. A ver si eres algo más que eso. ¿Sabes por qué estamos aquí?

—Ignoro a qué se debe vuestra amable visita y, por supuesto, por qué tenéis a ese tipo atado de pies y manos y con la lengua bien quieta.

—A este lo hemos encontrado aquí al llegar.

—¿Ha sido él el primero...?

—Sí. Por lo visto tenía curiosidad por registrar tu equipaje.

—Barba Azul rebanaba el pescuezo a sus esposas curiosas. ¿Qué vais a hacer con él?

—Puede que lo mismo después de que hayamos aclarado algunos puntos oscuros.

—Mala suerte, Burdeau —dijo Perck observando al infeliz que trataba de hablar sin conseguirlo.

Miraba a su alrededor con los ojos hinchados de moraduras y de odio.

—Ahora, yanki, pensarás que nosotros hemos venido aquí también por curiosidad, ¿no? —inquirió Giacomo mientras abría y cerraba las varillas de los lentes que antes llevara Jean Burdeau y que ahora se hallaban en sus manos.

—¿Yo? ¿Qué otra cosa puedo pensar? Al parecer todo el mundo ha reparado en mí. Soy noticia. Solo me falta firmar autógrafos, como las luminarias de Hollywood.

—Nosotros no pensábamos revisar tu equipaje.

—Me sorprende vuestra honorabilidad...

—Menos guasa, yanki. Yo quería verte para tener un *tête-à-tête*.

—¿Para qué?

—Todo el mundo sabe que buscabas a Maurice Ben Anui. Yo también lo busco y pensé que tú podías decirme dónde se encuentra. Pero, hemos encontrado aquí a nuestro buen amigo

Burdeau y las cosas se simplifican un tanto.

—Vaya, que habéis cazado dos pájaros de un tiro.

—Eso es, aunque no tenemos nada contra ti.

—¿Ah, no? ¿Y los juguetes de tus chicos?

—Pura precaución. Eres un tipo duro y me agrada estar siempre a salvo. Pero, ya te lo he dicho, si te portas bien no te sucederá nada. Yo solo quiero lo mismo que tú.

—¿Hallar a Maurice Ben Anui?

—Exacto, veo que empezamos a comprendernos.

—Por el modo de envolver a Burdeau me figuro que vuestro deseo de encontrar a Ben Anui no es para explicarle chistes, ¿verdad?

—Maurice me debe dinero, mucho dinero y ahora resulta que ¡zas! —hizo un ademán significativo—. ¡Ha desaparecido!

—Lo que equivale a decir que no paga.

—Eso es. ¿También te debe dinero a ti?

—Oh, no, yo le busco por otro asunto.

—¿Drogas?

—Nieve, concretamente.

—No te fíes demasiado de él. Ese argelino del diablo es un cerdo y muy escurridizo.

—Eso es cuenta mía.

—Tú lo has dicho, cuenta tuya, pero la mía es encontrar a Maurice y cobrar.

—¿Y si no lo consigues? —inquirió el norteamericano mordaz.

—Giacomo Perucci siempre cobra, de una forma u otra.

—Entendido —miró a Burdeau y señalándolo con el índice preguntó—: ¿Y ese sabe dónde está?

—Seguro. En principio he creído que tú me ayudarías a localizarlo, pero este nos dará su dirección.

—Si lo encontramos, no lo liquides pronto. A mí Maurice me interesa con vida.

—¿Para qué, yanki?

—He de realizar algunos negocios con él.

—¿En Europa o los Estados Unidos?

—En mi país. Los federales se han puesto tontos y han hecho varias batidas, en fin, que estamos sin nieve. Queda muy poca y a mí me conviene comprarla de la mejor calidad. Tengo clientes que

pagan.

—¿Te interesa cocaína en bruto, sin refinar?

—No, la quiero purísima. Los que pagan exigen, este es el negocio.

—Podrías purificarla en algún laboratorio de tu país. Allí tenéis buenos farmacéuticos y químicos. Yo soy quien la proporciona en bruto a Maurice Ben Anui.

—Y él la purifica, claro.

—Eso es.

—Entonces, lo que te debe y no paga es un fuerte envío de nieve, ¿me equivoco?

—Estás resultando sagaz, yanki, pero ¿para qué negártelo? Aquí tenemos todas las cartas boca arriba.

—Solo falta un juego —corrigió Tony Perck irónico.

—¿Cuál?

—El de Maurice Ben Anui.

—Sí, claro, el de ese cerdo. Cuando lo pille le retorceré el pescuezo. Se lo tengo dicho, con Giacomo Perucci no se juega.

—Pero él, más vivo que nosotros, se ha volatilizado.

—No te preocupes, este tipo va a decirnos dónde se encuentra esa rata de cloaca y aunque sea tirándole de su barbilla de chivo lo sacaré de su agujero. Giacomo Perucci lo jura por su *mamma*.

—Pues no perdamos tiempo, preguntémosle a Burdeau.

—Sí, eso vamos a hacer, mas no le quitaré la mordaza, podría ponerse a gritar como una histérica y no tardaríamos en tener frente a la puerta un batallón de molestos gendarmes.

—Entonces, ¿cómo responderá?

—Cuando esté dispuesto a decir la verdad, asentirá con la cabeza. ¿Entendido, Burdeau?

El prisionero, que centraba la habitación, afirmó con un movimiento.

Tony Perck opinó:

—Por lo visto es un chico obediente. No tardaremos en saber lo que nos interesa.

—Eso espero. Burdeau, ¿vas a decirnos dónde está ahora Maurice?

El gerente asintió con la cabeza. Giacomo Perucci sonrió abiertamente, y se acercó al prisionero quitándole la mordaza.

—Habla.

—Maurice fue deportado a Argel por la policía y ahora tengo noticias de que se encuentra en Casablanca.

—¿Has creído que soy imbécil? —rugió el italiano borrando la sonrisa de su rostro de mejillas colgantes.

—¡Es cierto, te lo juro!

—Ese cuento de que fue deportado ya me lo sé de antiguo. Es verdad, pero para Maurice Ben Anui no valen esos destierros. Él está en París y desde hace tiempo. ¿Por qué no me paga la mercancía?

—Dice que te pagará, pero cuando cobre.

—No me lías, Burdeau —masculló cogiéndolo por las solapas. Lo sacudió levantando incluso la silla a la que estaba sujeto.

—¡Sí, sí, no te lío, tiene que vender el último lote!

—No mientas, sé que se os ha escapado de las manos, que la habéis perdido de un modo infantil. En nuestro mundo no tardan en propagarse las noticias y ahora Maurice ha desaparecido para no pagarme.

—¿Para qué engañarte, Giacomo? Sí, la nieve se ha perdido —sonrió forzosamente.

—Eso ya está mejor. ¿Qué ha sucedido con ella?

—Se la dieron a Shoren.

—¿El alemán muerto?

—Sí.

—¿Lo liquidasteis vosotros?

—Sí, fue Petit, pero el futbolista ya se había cargado antes al «Javanés» y había hecho desaparecer la cocaína.

—¡Maldito «testa cuadrada», fue más listo que vosotros!

—No tanto, él palmó.

—Sí, palmó y ahora, ¿dónde está la nieve? ¿Tenía ese Shoren algún compañero que trabajara con él en el asunto?

—Lo ignoramos, estamos investigando. La cocaína se la dimos dentro de un balón de fútbol.

—¿Dentro de un balón? —repitió Tony Perck empujándolo sus pupilas.

—¿Qué ocurre, yanki, es que sabes algo de eso? —interrogó el italiano encarándose con el joven.

—Si lo supiera, no querría comprar. Me llevaría el balón y

asunto resuelto.

—Hablas con franqueza, yanki. Otros harían lo mismo pero no dirían nada a nadie.

—Puede que ese Ben Anui haya hecho otro tanto —expuso Tony.

Preocupado, aunque parecía querer disimularlo con una sonrisa cínica, Giacomo Perucci inquirió:

—¿Y para qué desearía hacerlo?

—Maurice, si es un tipo listo, podía pretextar que la nieve se ha perdido para no pagar.

—¡Ah, no, lo que es ese hijo de perra no hará eso conmigo! —rugió el italiano.

Jean Burdeau intervino rápido:

—¡No le hagas caso, Giacomo, nosotros no tenemos la mercancía!

La advertencia del francés solo sirvió para que Perucci se fijara en él y cogiéndolo por las solapas gruñó:

—¿Dónde está Maurice?

—¡Ya te lo he dicho, en Casablanca!

—Ese cuento ya no sirve. Te lo pregunto una vez más. ¿Dónde está? Si no me contestas, saldrás perdiendo tú y no él.

—No, no lo sé, es decir, en Casablanca... —insistió el galo, ahora francamente asustado.

—Está bien, contigo o sin ti, lo encontraré. ¡Marcos, dale una píldora! —ordenó como un oficial al pelotón de ejecución.

Tony comprendió que en aquel asesinato no podía, hacer nada. Carecía de armas para contraatacar a los traficantes. Se dispuso a observar lo que ocurría, esperando intervenir a la primera oportunidad que le dieran. Después de todo, Burdeau se lo había buscado.

El francés tragó saliva, no ignoraba lo que iba a suceder. Quiso gritar pero ya era tarde.

El disparo sonó como una botella de champaña al ser descorchada.

La cabeza de Jean Burdeau se inclinó adelante, sin vida. En su pecho, el orificio dejado por la bala enterrada en su cuerpo, comenzó a manar sangre.

—Listo, jefe.

—Bien, Marco. Cuando Maurice se entere de esto verá que voy

en serio y que le conviene pagar. Giacomo Perucci no perdona. Ahora, vamos.

—¿Y qué hago yo con el muerto? —inquirió Tony con desagrado.

—Llévalo a la morgue. Ah, no olvides que estaremos vigilando. En el momento que localices a Maurice será lo mismo que si lo encontramos nosotros.

—Bueno, en ese caso él negocio será redondo.

—¿Por qué? —preguntó el italiano torciendo el gesto

—Porque si Maurice Ben Anui no tiene nieve, a mí no me interesa.

—Si pagas bien, yanki, Maurice tendrá mercancía, yo mismo se la proporcionaré siempre y cuando me pague. ¿Está claro?

—Te pagará si tiene el dinero.

—Lo tiene, yo sé que lo tiene —ya se alejaba cuando se giró para recomendar—: No olvides llevar a ese a la Morgue. Olería mal dentro de un par de días.

—Seguiré tu consejo, «Capone-júnior». No suelo conciliar bien el sueño cuando tengo un cadáver cerca de la cama.

Giacomo Perucci dio media vuelta y se marchó.

Sus dos secuaces, sin dejar de apuntar con sus automáticas al norteamericano, cerraron la puerta al abandonar la habitación.

CAPÍTULO IV

—Parece increíble que jamás hayas subido a la torre Eiffel —dijo Tony Perck sonriendo.

—Me siento avergonzada, pero es así.

El norteamericano clavó su mirada inquisitiva en los grandes ojos de la morena. Sin importarle que le escuchara el ascensorista, ya que en aquellos momentos se hallaban solos en la ascensión a la torre metálica más alta de la tierra, dijo:

—Desde arriba se ve París como si nos halláramos en un jardín cuyo césped estuviera plagado de luciérnagas.

—De día también será bonito ver la panorámica.

—Sí, pero a mí, como a todos los que tienen una chica bonita al lado, me gusta más por la noche.

—Primer piso —anunció el ascensorista con voz mecánica, como si fuera uno más de los controles automáticos de aquel alarde de ingeniería.

—¿No bajamos? —preguntó Rafy.

—No, al tercero. Desde allí se ve mejor París y también hay menos gente.

—Tony, creo que tendré que prevenirme contra ti. Estás resultando tan enamoradizo como un latino.

—Quizá mis antepasados lo fueran.

Cuando ya Perck tenía un tanto acorralada a la chica en un ángulo y se disponía a besarla, el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron con chirrido metálico.

—Tercer piso.

—Ya estamos, Tony, tenemos que bajar.

—Sí, claro. Salgamos fuera y veremos París a nuestros pies.

Se acercaron a la baranda medio sumida en la oscuridad. Varias parejas platicaban o se besaban apoyados contra ella.

El viento, que allí pasaba de brisa, alzó los cabellos de la mujer que trató de sujetarlos inútilmente con la mano.

—Debo estar horrible.

—Aquí arriba todo es bonito, preciosa, y tú más que abajo.

Tony apresó las manos femeninas estrechándolas. Poco después, el carmín se borraba de los labios de la mujer, antes cálidos, ahora

ardientes.

El Sena discurría tranquilo bajo ellos, aunque a la altura que se encontraban lo veían negro con destellos extraños.

Rafy no supo si eran los reflejos de la ciudad millonaria en luces o el cielo tachonado de estrellas y con un gran lunar plateado, solo sabía que dos ojos la miraban y unos labios viriles la besaban.

El sexto sentido de Perck se puso en marcha. Conocía bien aquella sensación, sabía que estaba en peligro. Mientras abrazaba a la inglesa, ¿quién le amenazaba? ¿Acaso ella?

Abrió los ojos y escrutó en derredor apenas sin mover la cabeza. No tardó en encontrar lo que le amenazaba.

Una sombra se pegaba tras el hueco del ascensor, protegido por una reja y muy cerca de la escalerilla férrea también cercada por una verja.

Eran dos ojos pequeños, huidizos, los que le escudriñaban y quizá ya le habían sentenciado sin piedad. Aquellas pupilas brillaban al reverberar la luna.

El americano sostuvo la situación. «¿Qué buscaría aquel individuo?», se preguntaba, sin preocuparse ya demasiado de los labios femeninos que continuaban alzados hacia él.

Cuando vio elevarse el largo cañón de aquella automática con silenciador, comprendió. No había tiempo para perder.

—¡Cuidado, Rafy! —masculló dándole un empujón.

La joven se sintió apartada. Perck divisó el fogonazo en el cañón del arma y escuchó el sordo estampido, mas la muchacha no se percató de ello.

—¿Qué te ocurre. Tony? —preguntó sobresaltada.

—¡Regresa al hotel y espérame allí, si es que vuelvo vivo! —exclamó saltando hacia delante. En su diestra apareció una «Parabellum».

—Pero ¿qué pasa?

Obtuvo la respuesta con sus propios ojos al descubrir al sujeto que acababa de disparar por segunda vez contra el americano, sin conseguir su blanco, ya que Perck, como un felino, saltaba de un lado a otro.

—¡Eh, tú, mequetrefe, detente o te perforo la sesera! —advirtió Tony amenazador, avanzando hacia él y con su arma aún sin disparar.

El francés, que no era otro que Petit, se percató de que la cosa no iba muy bien para él. Aquel americano parecía aliado con el mismísimo Satanás.

Tres veces le había disparado ya y ninguna había acertado, pese a la gran envergadura y anchas espaldas de su adversario.

Viendo que las posiciones se igualaban, optó por huir. La noche le ayudaría.

No podía utilizar la caja del ascensor, y sin dudar un segundo, al tiempo que mantenía a raya a su enemigo, disparó sobre el cerrojo de la pequeña verja. Este saltó y, poco después, Petit se lanzaba escalerillas abajo.

Tony Perck corrió en su persecución. Nadie, excepto Rafy Caywell, se había percatado de lo que ocurría entre ambos. Aquel duelo a muerte acabaría con uno de ellos o quizá con los dos.

La Torre Eiffel era una gran obra maestra que se cimentaba sobre los cadáveres de los que habían caído desde sus vertiginosas alturas.

Maldiciéndose a sí mismo por haber fallado el disparo que le hubiera dado la victoria, Petit descendía las escalerillas de caracol sin tocar apenas los peldaños de hierro, solo usados por los obreros de reparaciones, ya que aquellas escaleras permanecían cerradas al público por ser peligrosas en demasía.

Las luces de París semejaban rodar a los pies de Petit, cuando en realidad era él quien giraba sobre las luces quietas e inamovibles.

—¡Maldito «Mascachicle»! —masculló deteniéndose jadeante.

Trató de disparar contra su perseguidor, pero trágicamente para él la bala no surgió por el cañón. El cargador se había agotado.

Tony Perck logró alcanzarlo e intercambiaron varios golpes.

El francés tuvo la suerte de propinar un culatazo en la tibia derecha de su enemigo. Este se retorció dolorosamente y Petit aprovechó para proseguir su fuga.

A ambos todo les daba vueltas. Al llegar a tierra firme, Petit comenzó a girar como una peonza y sintió unas fuertes náuseas. A Tony Perck le sucedió otro tanto.

—¡Espera, mequetrefe! —gritó el americano aferrándose a la base de hormigón para recuperar el equilibrio.

El galo no perdió tiempo y echó a correr hacia el puente D'iéná ubicado a escasa distancia.

—¡No escaparás! —gruñó el estadounidense.

Logró ponerle la mano encima cuando el gallo llegaba al puente. Este se revolvió como una fiera mascullando:

—¡Antes te mataré, «Mascachicle»!

En su mano apareció una empuñadura de nácar y acero. Su pulgar oprimió un resorte y la hoja, aguda y afilada, quedó desnuda amenazadoramente.

Tony podía haberlo eliminado con solo apretar el gatillo de su automática, pero prefería cogerlo vivo y hubo de brincar a un lado y a otro para esquivar aquel estilete que ansiaba morder su carne.

Era fácil adivinar que Petit era un maestro en el manejo del arma blanca. Perck podía pasarlo mal, muy mal, al menor descuido que tuviera.

De un salto, Tony quedó sobre la balaustrada del puente. Petit sonrió, le pareció que la victoria ya era suya y que ahora conseguiría lo que le resultara imposible en lo alto de la torre.

—¡No escaparás, «Mascachicle»! —gruñó subiendo a su vez sobre la baranda. Intentó acuchillar las piernas del americano sin lograrlo.

Ya en lo alto del puente, ambos se enfrentaron. Ante el afilado y letal acero, Tony hubo de retroceder algunos pasos mientras su contrincante avanzaba hacia él.

De pronto:

—¡Anda, acuchíllame, mequetrefe!

El yanki, de un salto, se lanzó hacia su enemigo, guardando no obstante el equilibrio sobre la balaustrada.

—¡Eso es lo que pienso hacer! —gruñó Petit.

Pero el estilete solo rasgó el aire, rozando justo el costado del americano.

Este trató de asirlo con una llave de judo sin conseguirlo. Sujetar al francés era lo mismo que sujetar a un gato rabioso por el lomo y ponerlo patas arriba.

Petit se revolvió como pudo y nuevamente intentó hundir la navaja en el cuerpo de su adversario.

—¡Ahora verás, «Liliput»!

Tony le proyectó un directo en pleno rostro que le hizo perder el equilibrio.

Petit se tambaleó sobre el pretil y después se precipitó contra el

río profiriendo un fuerte alarido. La altura resultaba demasiado considerable para caer de aquella forma, como un pelele desarticulado.

Tony Perck se maldijo por haber lanzado al agua a su frustrado enemigo. Sería fácil que resultara muerto al estrellarse sobre la superficie del Sena, en aquellos instantes oscuro y sombrío.

—Maldito «Liliput», ahora tendré que darme un chapuzón y con lo sucia que estará el agua...

Perck no lo pensó dos veces. Juntó sus manos por delante del rostro, flexionó las piernas y se arrojó al vacío.

El francés había caído a peso al río, sumergiéndose y siendo arrastrado después por la corriente. Ello facilitó las cosas al americano.

Perck lució en aquel lanzamiento sus dotes de atleta en un salto mortal y sin público, pues pasaba inadvertido para las parejas que seguían besándose en lo alto de la Torre Eiffel. Si alguno de ellos le había visto, quizá pensara que se trataba de una alucinación.

Una sensación de frío desagradable invadió su cuerpo. Incluso, llegó a hundir los dedos en el lodo del fondo del río, pese a haber puesto las manos de forma para tocar el agua y salir a la superficie, pero la altura desde la que acababa de lanzarse era demasiado considerable para lograr tal efecto.

Cuando emergió, sus sienes parecían querer estallar. Las ropas, empapadas, tiraban de él dificultándole los movimientos de brazos y piernas. Sus zapatos pesaban como plomo.

Dio varias brazadas en favor de la corriente, ganando algunos metros, y luego se detuvo. Tras él se erguía la gigantesca torre de hierro que a la noche aparecía sombría y amenazadora, como un ser extraño y monstruoso dotado de vida propia.

Manteniéndose a flote, se dejó arrastrar por la corriente y escrutó la superficie del agua hasta dar con lo que buscaba.

El fugitivo flotaba arrastrado por la corriente unos veinte metros ante él y hacia la derecha, no muy lejos de la margen del río.

—Espero que no se haya partido los huesos al chocar contra el agua —gruñó antes de bracear en dirección a su perseguido.

Perck temía que aquel desagradable chapuzón, en el que se había jugado el físico olímpicamente, no sirviera de nada. Su frustrado asesino podía estar aplastado o simplemente ahogado.

Cuando llegó junto a él, comprobó que no efectuaba ningún movimiento. No cabía duda de que, si no muerto, sí estaba inconsciente.

Sin detenerse a comprobarlo, lo cogió por los cabellos y le puso la cara fuera del agua. Actuando de remolcador, comenzó a braccar únicamente con su diestra en dirección a la orilla más próxima y siempre avanzando a favor de la corriente y cruzando esta en diagonal.

No tardó en salir del Sena y pisar el césped que lo bordeaba. Veinte metros más lejos y cinco más altos, había una hilera de árboles.

No había curiosos por aquel sector, cosa que el americano agradeció y si los había, estaban interesados en otros asuntos más atrayentes para ellos.

Tumbó a Petit sobre la hierba. Le clavó la rodilla sobre el estómago y tras aflojarle la corbata y el cuello de la camisa, movió sus brazos puestos en cruz practicándole la respiración artificial.

El francés expulsó una gran cantidad de agua por su boca, salida del estómago y pulmones. Tanta salió que al yanki le extrañó no ver peces también.

Petit tardó aún diez minutos en recobrar el conocimiento. Había salvado la vida, aunque su cuerpo estaba magullado interior y exteriormente.

—Bueno —suspiró Perck—, menos mal que el trabajito ha servido de algo.

Al reconocer a su salvador, Petit trató de incorporarse de un salto y huir, pero no lo consiguió.

El americano puso sus rodillas sobre los brazos puestos en cruz de su prisionero, inmovilizándole. Con golpes secos le abofeteó el rostro, más para darle a entender que quien mandaba era él, que para lastimarlo.

—No trates de escapar, «Liliput».

—Me llamo Petit... —gruñó impotente.

—Bueno, da lo mismo, pero si te empeñas te llamaré Petit.

—¡Mátame, «Mascachicle», porque si no lo haces, seré yo quien te liquide! —farfulló impotente.

—Yo, de ti, estaría agradecido. Si no te saco del Sena y me entretengo en vaciarte el estómago y los pulmones, ahora

ensayarías canto en los coros de Satanás.

—Yo no tengo la culpa de que seas un estúpido que comete el error de salvar a quien tiene que matarte.

—¿Matarme, por qué?

—Quieres hacerme hablar, ¿eh?

—Y lo harás, sé cómo obligarte.

—¿Ah, sí? Demuéstramelo... —rezongó retador pese a lo difícil de su situación.

Como que Perck mantenía sujeto a su prisionero con el peso de su cuerpo sobre el estómago de este y las rodillas inutilizaban sus brazos, le cogió por los cabellos y comenzó a tirar de ellos al tiempo que arrancaba un puñado de césped y se lo metía en la boca, medio ahogándole.

—¿Qué, qué haces...? —masculló como pudo. Su voz apenas se oyó, a causa de tener la boca llena de hierba.

—Hacerte hablar —replicó Tony tranquilo.

Ya con la boca repleta de césped, sin poder gritar y sin dejar de tirar de sus cabellos, le cogió la nariz con el pulgar e índice de su diestra. Empezó a retorcérsela como si fuera una tuerca difícil desapretar.

No tardaron en saltársele las lágrimas a Petit. Intentó chillar, mas el césped resultó desagradable en su garganta.

El americano continuó con su método rápido para volver locuaces a los mudos voluntarios.

—¡Sí, sí, sí! —arguyó como pudo y llorando ya a lágrima viva a causa del dolor.

—Está bien, pero si buscas ganar tiempo te aseguro que te arrepentirás.

Perck le soltó la nariz y esta quedó torcida ostensiblemente, quizá jamás tomara a quedar recta.

—Ahora, escupe la hierba y podrás hablar.

Petit obedeció.

—Ha sido Maurice...

—¿De modo que Ben Anui te ha enviado para liquidarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tú le buscas a él y has liquidado a Burdeau.

—Yo no he matado a vuestro compañero.

—¿Ah, no? Entonces, ¿quién lo ha convertido en fiambre? Su cuerpo está en una losa de la Morgue.

—Lo ha liquidado Giacomo Perucci y sus secuaces. ¿Has oído hablar de él?

—¡Maldito traidor! Entonces, ¿tú qué buscas, «Mascachicle»?

—Primero, deja de llamarme «Mascachicle» o te cambio de sitio la raya de tu cabeza. Segundo, hacer negocio con Maurice, pero por lo visto es demasiado difícil dar con ese tipo.

—¿Hacer negocio? ¿Qué clase de negocio? —inquirió Petit, ya interesado.

—Quiero comprar nieve o cocaína, como la llaméis.

—¿Eres un toxicómano?

—No, solo deseo ganar unos billetes vendiéndola a unos clientes que tengo en Detroit. Ahora, ¿me dices dónde está Maurice?

—Sí, sí, yo te acompañaré.

—Entonces vamos, mi coche no está lejos.

Tony Perck soltó a su prisionero. Ambos se pusieron en pie y sin dejar de vigilarlo, retornaron al pie de la gran Torre Eiffel.

CAPÍTULO V

Tony Perck se sentía molesto con las ropas empapadas, pero como no estaba dispuesto a dejar solo ni un instante al francés, aguantó tal incomodidad. Después de todo, Petit también se hallaba en las mismas circunstancias.

—Será mejor que dejes el coche por aquí. El «Cadillac» no entraría por las callejuelas por donde hemos de pasar —advirtió el galo.

—Está bien, pero procura no hacerme una jugarreta. Recuerda que no persigo a tu jefe para ponerle un par de bombones de plomo en las tripas, si no para hacer negocio con él.

—Descuida. Si no fuera de esa forma, no iríamos adonde se encuentra.

Abandonaron el blanco y descapotable «Cadillac». Se hallaban en el extremo sur de Pigalle, un barrio sórdido, maloliente, donde las prostitutas de baja estofa plagaban las calles.

Resultaban todo un espectáculo con sus ropas arrugadas y mojadas. Varios sonrieron a su paso. También era motivo de hilaridad el contraste que ofrecía Petit al lado del americano.

—Buen mozo, tengo algo sabroso para ti si te vienes conmigo —dijo en voz alta una pelirroja bastante atractiva y con la mejor de las sonrisas.

—Ahora no, ricura, tengo prisa.

La mujer replicó con una hilarante procacidad a la que el americano contestó no menos guasón. Por su parte, Petit comenzaba a tiritar de frío.

—Voy a coger una pulmonía con estas ropas.

—Lo mismo digo, mequetrefe.

—Petit —corrigió el galo.

—Está bien, Petit.

—Creo que el jefe nos dejará algún lugar para cambiarnos.

Se introdujeron por un dédalo de callejuelas a cuál más oscura, estrecha y lóbrega.

Al fin, se detuvieron en medio de un callejón angosto de no más de un metro y medio de anchura.

El suelo empedrado se hallaba completamente mojado. Solo la

luna iluminaba la calleja, cuyo letrero era del todo ilegible.

Desperdigadas aparecían varias latas vacías y basuras de todas clases. De pronto, uno de los botes rodó e hizo rodar a otros.

Tony Perck se giró para ver lo que sucedía. Petit, conocedor del lugar, le tranquilizó:

—Eso es alguna rata que huye de un gato.

—Espero que nosotros no tengamos que escapar lo mismo porque alguien quiera devorarnos en este hediondo callejón.

Petit forzó una sonrisa y luego se encaró con una puerta.

El norteamericano, sin importarle poco ni mucho que al entrar en aquella guarida secreta pudiera significar su muerte, se dispuso a seguir a Petit hasta el mismísimo infierno si es que allí se escondía Ben Anui.

El galo palpó la pared, ya que nada podía verse debido a la oscuridad, y no tardó en encontrar una ligera hendidura que a simple vista parecía un agujero propio de la descuidada fachada.

Apoyó su índice y pulsó varias veces un botón oculto en su interior.

—¿Qué contraseña es la que utilizas? —preguntó Tony como si la respuesta no le interesara demasiado.

Petit sonrió irónico.

—Esa contraseña solo la conocemos los que protegemos a Maurice. Comunicarla a alguien significaría nuestra muerte. Así nos lo ha dicho el jefe y procuramos no olvidarlo.

—No será tanto.

—Sí lo es. Uno de los nuestros cometió la estupidez de explicársela a alguien, concretamente a una mujer. Dos días más tarde encontraron un coche en el Sena, dentro del agua, claro.

—¿Estaba ese tipo muerto?

—Naturalmente, él y la mujerzuela. Murieron abrazados. Algunos dijeron: «Suicidio amoroso a dúo»; otros: «Un despiste del coche a causa del exceso de amor», pero la verdad solo la conocemos nosotros.

Una voz que salió de detrás de la puerta preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Petit —aclaró el galo.

—Bien, pasa.

Tony Perck se limitaba a observarlo todo con atención y

curiosidad.

Maurice Ben Anui estaba resultando un individuo listo y difícil; no era sencillo cogerle en un fallo. Si él quería desaparecer en el mismísimo París, aunque le buscara toda la policía francesa y colaborara en la captura el hampa en pleno, sería más fácil encontrar los diez millones de ratas que pululaban en los colectores de la ciudad que al franco-argelino.

Sonó un chasquido metálico y la puerta se franqueó ante ellos. Petit efectuó un movimiento de cabeza, indicando al yanki que le siguiera y este, siempre precedido por el francés, se introdujo en la casa.

El recibidor era lóbrego. Un espejo, picado por la humedad, una consola y un sillón tan ajado y carcomido como la consola. Una bombilla desnuda, de escaso voltaje, iluminaba la estancia. La puerta se cerró a sus espaldas automáticamente.

—No hay nadie —observó Tony extrañado, mirando receloso a su alrededor.

—No, la puerta se abre por mecanismo electrónico a distancia. El jefe sabe hacer bien las cosas.

—Pero ¿está dentro de esta casa?

—Sí, ya lo encontraremos en el momento oportuno. Ahora, estate quieto y mira hacia aquel cuadro de flores.

Perck achicó las pupilas e hizo lo que le indicaban. Un instante después, una voz que hablaba perfectamente el francés, aunque con tono desagradablemente fino, interrogó:

—¿Quién es ese tipo que viene contigo, Petit?

—El americano.

—¿El americano? —brincó la voz que era difícil averiguar de dónde provenía—. ¿No te he ordenado que...?

—Sí, Maurice, pero resulta que él no te busca para matarte.

—¿Ah, no? Entonces si es una excepción, si no es de la policía ni de otra banda enemiga, ¿qué es lo que quiere?

—Hacer negocio contigo —aclaró Petit.

—¿Qué clase de negocio?

Fue el propio Perck quien respondió:

—Quiero comprar cocaína para mi país, eso es lo que me hace buscar al tipo que mejor la purifica en el mundo. Oí hablar de ti allá en Detroit y he venido hasta aquí. Lo que ignoraba era cómo dar

contigo y a punto han estado tus hombres de convertirme en fiambre.

—Petit, regístralo —ordenó Maurice Ben Anui tajante.

Tony Perck comprendió que, de no someterse a las exigencias de aquel receloso hampón, no lograría seguir adelante y él mismo extrajo su «Parabellum».

—Solo llevo esta pistola, es para simple defensa personal.

El franco-argelino ordenó:

—Déjala sobre la consola.

—Ya está —dijo Perck tras obedecer.

—Petit, regístralo, quiero estar seguro de que no lleva más armas encima —tomó a demandar aquella voz que semejaba venir del techo, aunque era difícil averiguar dónde se hallaba el altavoz. Estaba todo muy ruinoso y desconchado.

Petit le cacheó. Poco después, asentía con la cabeza.

—Está bien, pasad —autorizó Maurice.

Petit miró al estadounidense y le invitó a seguirle.

—Por aquí.

—Maurice sabe protegerse, ¿eh, Petit? Tiene un circuito cerrado de televisión y todo.

—Sí, de este modo no se cuela nadie en su guarida, a menos que a él le interese.

Pasaron a una especie de comedor, también iluminado por una bombilla desnuda. A cada estancia que avanzaban, la luz de la anterior se apagaba automáticamente.

Del suelo, construido con tablas de madera, se alzó una trampilla de regulares dimensiones y que era difícil de descubrir, ya que el suelo, en general, estaba lleno de grietas y resquebrajaduras.

—Hemos de bajar por esas escaleras —dijo Petit señalándolas.

Tony se encogió de hombros. Ya no le parecía nada extraño.

Descendieron los peldaños y quedaron en un túnel angosto, también alumbrado débilmente.

Cuando ya caminaban por el túnel, la trampilla volvió a cerrarse con solidez. La mirada perspicaz de Tony se percató de que el piso de madera estaba recubierto por una plancha de regular grosor, el suficiente para frenar las balas de unos posibles atacantes.

Aquel primer túnel tenía unos veinte metros de longitud. Al final del mismo, Petit empujó una puerta estrecha y quedaron en la más

extraña sala circular que el americano viera jamás.

—Diablos, ¿qué es esto? Parece una casa de esas de los feriantes para que uno se vuelva loco buscando la salida.

—Maurice trabajó en una de ellas hace mucho tiempo, en Alemania. Su anterior ocupación le sugirió este laberinto, para que si alguien le buscaba para matarlo o meterlo en prisión no lo encontrara nunca.

La sala tendría un radio de veinticinco metros, con un techo liso y uniforme. A lo largo de las paredes se abrían puertas, unas junto a otras, y todas idénticas en construcción y pintado. No había señal alguna que las diferenciara.

Incluso, cuando se centraron en la sala, la puerta por la que entraran se cerró, dejando ver que era exacta a las otras.

—Es para volverse idiota. Maurice debe ser un niño o un loco para haber construido todo esto aquí abajo.

—Yo no creo que sea ni lo uno ni lo otro —opinó Petit—, más bien diría que es muy listo.

Tony escrutó aquellas puertas y trató de orientarse, cosa harto difícil. Sin embargo, sabía que a su espalda estaba la puerta de entrada, pero ¿dónde se hallaría la de continuación?

Si se la señalaban, en adelante, podría volver a encontrarla, pero todas sus observaciones se vinieron abajo cuando Petit indicó:

—Hay que entrar en esa jaula redonda.

Tony reparó entonces en aquella especie de jaula construida con alambre grueso entrecruzado y protegido con barrotes de hierro.

Tenía una puerta, y hacia ella se encaminó Petit. Tony se encogió de hombros, impotente por sacar algo en claro, y le siguió.

Ya los dos dentro de la jaula, la puerta se cerró.

El interior no tendría ni dos metros de diámetro. De pronto, y sorprendiendo al americano y no así al francés, que conocía bien el terreno que pisaba, comenzó a girar vertiginosamente sobre un eje.

—¡Por todos los diablos, esto parece de locos! —gruñó Perck al sentirse despedido hacia la pared metálica interior. La fuerza centrífuga había podido más que su estabilidad.

Apenas un minuto después de dar vueltas y sentir que su cuerpo se pegaba a la tela, la marcha rotativa cesó y la jaula quedó inmóvil.

—No estás mareado, ¿verdad, «Mascachicle»? —preguntó Petit

sonriendo suficiente.

—No, pero si hubiera dado algunas vueltas más, creo que se me hubiera secado la ropa —replicó con un gruñido. Pensaba que prefería cien veces un tipo duro, pegador, que diera la cara, a enfrentarse a un sujeto con el maquiavelismo y la fantasía de Ben Anui.

La puerta se abrió de nuevo y quedaron ante aquel montón de puertas pegadas unas a otras.

—Estoy seguro que ahora te sería imposible averiguar por cuál hemos entrado hace apenas un minuto.

—Y que lo digas, Petit. No hay medio de orientarse después de pasar por la centrífuga. Sin embargo, creo que abriendo puerta por puerta llegaría a encontrar la entrada y la continuación.

—Te equivocas, americano —sonrió suficiente el francés que se hallaba como pez en el agua—. Todas las puertas que ves, menos dos, conducen, por pasillos idénticos, y tras varios laberintos, a las cloacas de Pigalle. Una vez en ellas, sería imposible regresar al punto de partida y si lo conseguías, luego volverías a meterte en otra cloaca.

—Diablos con Maurice. ¿Y cómo logró todo esto?

—Fue una suerte para él encontrar esta casa. Por lo visto, se empleaba mucho en tiempos de la revolución. Maurice supo comprarla y adaptarla. Te aseguro que es una guarida perfecta. Aquí la policía se volvería loco para encontrarnos.

De pronto, se abrió una puerta por el mismo método que se franqueara la de la calle.

—¿Es este el camino que debemos seguir? —preguntó Perck.

—Sí.

Traspasaron el umbral, y ya dentro de un túnel, la hoja tornó a cerrarse tras ellos. Tony Perck, conforme avanzaba, comprendió que sería inútil intentar salir de allí sin alguien que le condujera por aquel diabólico laberinto que resultaba más eficaz que un muro pétreo que, al fin y al cabo, podía volarse con una buena carga de dinamita.

A juzgar por el tiempo que estuvieron andando por aquel túnel angosto, húmedo y mal iluminado de tarde en tarde por bombillas de no más de quince vatios. Tony Perck calculó que habían recorrido por debajo de París más de un kilómetro, aunque

ignoraba en qué dirección.

Los fugitivos del tiempo de Robespierre, por lo visto, habían trabajado de firme para salvar sus cuellos de «Madame Guillotine».

Mientras avanzaban, algunas ratas chillaron ante la intromisión de los hombres.

De pronto, y siempre por el mismo sistema electrónico, les quedó franqueada una puerta de bronce o alguna aleación similar. Tras ella, todo cambió de aspecto.

El pasillo era ancho, bien pintado e iluminado. Vio varias puertas a los lados y preguntó:

—¿Esto es el centro de la guarida de Maurice?

—Sí. Algunas puertas corresponden a dormitorios. También hay cocina y más adelante está el laboratorio.

—¿Para la purificación de la cocaína?

—Sí.

—Parece mentira que en el corazón mismo de París pueda existir algo tan perfecto. He conocido a muchos traficantes en estupefacientes, pero al lado vuestro me parecen simples aprendices.

El corredor terminaba en una puerta que al serles franqueada les dejó en un despacho, lujosamente amueblado al estilo Luis XVI.

Parecía increíble que allí, bajo tierra, pudiera estar todo tan perfecto y organizado. No faltaba ni el lujo ni las comodidades. Perck se dijo que todo no sería obra del propio franco-argelino, si no de los nobles del tiempo de María Antonieta que tuvieron que ocultarse allí.

—Adelante —autorizó aquella voz que poco antes les invitara a continuar a través de los dictáfonos colocados en aquel laberíntico camino.

A Tony Perck no le hizo ninguna gracia que dos secuaces del argelino le encañonaran con sendas metralletas cortas desde distintos ángulos de la estancia.

Sobre la mesa escritorio, en uno de sus bordes, estaba sentada una rubia de exuberantes formas que el ceñido vestido azul parecía incapaz de contener, dando la impresión que de un momento a otro saltarían los botones, los tirantes o quizá las costuras.

Tras la mesa, un hombre singular que no pasaría inadvertido dondequiera que fuese.

Era pelirrojo, de piel aceitunada y tenía más de árabe que de europeo.

Los ojos hundidos, la nariz ganchuda y una perilla en su mentón, de más de dos dedos de larga, completaban su rostro, un rostro de boca fina y prieta que se abrió para decir:

—Yo soy Maurice Ben Anui. ¿Me buscabas, americano?

CAPÍTULO VI

Petit fue el primero en hablar, aclarando rápidamente:

—Dice que él no ha sido quien liquidó a Burdeau.

El extraño franco-argelino, de perilla y cabello pelirrojo, sonrió entre cínico e irónico.

—¿Ah, no? Entonces, ¿quién lo mató?

Antes de responder, Tony Perck sintió que la mirada de la rubia, tan sensual como sus labios carnosos, se clavaba en él intensamente.

—Giacomo Perucci. Al menos, ese fue el nombre que él me dio.

—¿Perucci? Debí figurármelo, aunque al encontrar la policía el cadáver dentro del hueco del ascensor del Hotel Lune donde tú te hospedas me ha hecho sospechar de ti.

—Comprendo, era lógico. Giacomo liquidó a tu hombre en mi habitación y luego se marchó diciendo «ahí quede eso». Yo tenía que deshacerme de alguna forma del fiambre.

—Eres práctico, yanki. Arrojaste al muerto por el hueco, cerraste la puerta y también dijiste «ahí quede eso».

—Así es. Después de todo, una vez muerto, ya no importaba que se estropeara un poco más. Lo que sí me interesa ahora es encontrar ropa seca para cambiarme.

—Y a mí también —agregó rápido Petit.

—La tendréis, pero primero acabemos esta conversación. ¿Qué te ha dicho más Perucci?

—Que a ti te hará lo mismo que a Burdeau cuando te encuentre.

—Ese grasiento italiano siempre tan gracioso —sonrió con gélida ironía. Ben Anui se consideraba seguro en su guarida como tortuga en su caparazón.

—Sí, y también ha dicho que si no le pagas el último envío, se lo cobrará con tu vida.

—Bueno, eso es asunto mío. Ahora dime, ¿por qué fue él a buscarte a ti o, mejor dicho, por qué liquidó a Burdeau en tu apartamento?

—Por lo visto, Burdeau tenía ganas de registrar mis cosas.

—Sigue, eso se lo ordené yo.

—Bien, pues como corrió la voz de que yo te buscaba la otra noche en el Jazz-Streep Club, él creyó que yo podría decirle dónde

te encontrabas.

—¡Qué iluso! Continúa, yanki.

—Perucci encontró a Burdeau antes de que yo llegara mientras registraba mi equipaje y optó por preguntarle directamente a él. No respondió y se llevó una píldora de plomo, lo que me hizo comprender que ese italiano no hablaba en broma.

—Bueno, no es fácil dialogar con Giacomo Perucci si no se le paga antes lo que se le adeuda. Esperaremos un poco para que se le aplaquen los nervios. A ti he de decirte, quizá como excusa, que tenía ordenado a mis hombres que ninguno confesara donde me hallaba. Oficialmente estoy deportado a Argelia por el Gobierno francés, hay varios tipos que me buscan. Por lo tanto, era lógico que en el club te dijeran que yo no estaba en Francia, aunque por lo visto decirle eso a un americano es como tratar de convencer a un sabueso de que no sigue bien su pista.

—Exacto. Me dijeron: «Encontrarás a Ben Anui en el Jazz-Streep Club» y allí te busqué. Ahora, di a tus nenes que guarden sus juguetes. No me agrada que me apunten con ellos.

—Lo siento, yanki, me gusta estar protegido.

—En ese caso, me largo por donde he venido —dijo sin preocuparse demasiado de lo que sus palabras podían significar.

—Si lo intentas, caes —musitó con su fría sonrisa el euroafricano.

Sonriendo también despectivo, Perck repuso:

—Y si yo caigo, tú te quedas sin negocio.

—¿Y a cuánto puede ascender ese negocio?

La pregunta de Ben Anui no era baldía. Sus pupilas se habían empequeñecido y su cerebro comenzaba a trabajar. De la respuesta del norteamericano dependía si le haría ejecutar o no.

—Digamos que a diez kilos de nieve, químicamente pura, claro. Ordinaria la podría obtener fácilmente en Tijuana.

—¿Diez kilos de cocaína? Eso es mucho. ¿Con qué dinero ibas a pagar?

—Con dólares americanos, claro.

Maurice efectuó un movimiento con su mano, y sus secuaces bajaron las armas alejándose del despacho.

—A mí me agradan los dólares americanos.

—Bueno, a mí también y ahora que ya no tengo juguetes que me

molesten, puedes continuar hablando. No obstante, yo, en tu lugar, a un cliente de mi importancia procuraría ponerlo cómodo.

—No te preocupes, yanki, pronto estarás cómodo y con ropa seca. Antes dime, ¿cómo piensas pasar la nieve a los Estados Unidos si yo te la vendo?

—Cada cual tiene su sistema.

—A mí me agradaría conocer el tuyo.

—Bueno, después de todo no tengo por qué ocultártelo. Cuando llegue cierto trasatlántico al puerto de Calais, con destino a Nueva York, un amigo mío, jefe del equipo de reparaciones del buque, hará cambiar dos o tres botellas de oxígeno comprimido utilizable para las soldaduras autógenas.

—¿Y dentro de una de esas botellas irá la nieve?

—Exacto. Cuando llegue a Nueva York y se haya desembarcado el pasaje y la mercancía, mi amigo pedirá que se cambien las botellas vacías. Irá una camioneta al puerto y ante las narices de la policía sustituirá las botellas vacías por las nuevas. No habrá pasado una hora que la cocaína ya estará en mi poder dispuesta a ser repartida entre mis clientes. No es por fanfarronear, pero los tengo abundantes y con mucho oro en los bolsillos. Siempre me he codeado con gente rica.

—Bueno, creo que tú y yo podremos entendernos. Quería distribuir mi mercancía por Europa, pero está resultando un poco difícil. Me sale más a cuenta vendértela a ti, siempre que lleguemos al acuerdo de un precio razonable para ambos.

—Pero tengo una duda, Ben Anui.

—¿Cuál? —preguntó sonriendo, aunque temiendo algo desagradable.

—¿De dónde sacarás la cocaína para purificarla y luego vendérmela?

—Tengo mis proveedores.

—Yo creía que te habías quedado sin blanca al perder la que diste a Shoren.

—Oh, no, yanki, aquella cocaína no la he perdido aún. Ya sabemos dónde está el balón blanco con la cocaína» Hemos sido más rápidos que la policía.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está, si no es un secreto?

—El balón lo tiene una chica inglesa que se hospeda en el Hotel

Lune. Creo que se llama Rafy Caywell.

De no tener los nervios bien templados, Tony hubiera dado un respingo que le habría delatado. Aquel sujeto de la perilla roja era un verdadero diablo y muy mal enemigo para quien se le enfrentara.

—¿Y qué hace esa chica con la cocaína?

—Eso aún no lo hemos averiguado. Lo que sí sabemos, y ha sido gracias a repartir mucha plata entre los empleados del hotel, es que la chica tiene el balón que, por otra parte, no tardará en obrar en nuestro poder.

—¿Y qué será de la chica?

—No creo que interese demasiado esa nimiedad, yanki. La vida de una mujer que nos molesta no tiene ninguna importancia.

Tony Perck hubiera ansiado gritar que para él sí tenía, importancia, mas se contuvo. ¿Dónde acabaría todo aquello? Lo ignoraba, pero él tenía que seguir adelante.

—Sí, claro, lo primero es el negocio. Ahora, con la nieve en tu poder, podrás pagarle a Giacomo y sacarte a un enemigo de encima.

—Ni lo sueñes, a ese italiano no le doy un céntimo, ya no me interesa. He encontrado un proveedor mejor. Dentro de poco tiempo, tú mismo nos acompañarás para ver el tráfico de drogas más importante que hayas soñado jamás.

—Será un placer, siempre que Giacomo no se entrometa —advirtió irónico.

De pronto, se escucharon dos detonaciones que hallaron fuertes ecos en el subterráneo.

—¿Qué sucede? —chilló Maurice Ben Anui poniéndose en pie.

La joven y atractiva rubia, que había comenzado a sonreír al americano, saltó de la mesa y buscó algún rincón para refugiarse y ese rincón lo encontró abrazándose a Tony Perck.

—Suéltame, muñeca, o caeremos los dos juntos si as que alguien quiere agujerearme.

—Tengo miedo... —musitó ella mirando hacia la puerta.

—¡Maldición, yo estoy desarmado! —gruñó Petit.

El franco-argelino, un tanto descompuesto, masculló:

—¿Será la policía?

—¡Es Giacomo Perucci y sus hombres! —gritó alguien cerca de la puerta, al que Perck no pudo ver.

—¡Maldito italiano! Hablando de él ha tenido que presentarse ahora...

—Puede que nos haya seguido —murmuró Tony mirando a Petit y sin conseguir que la rubia dejara de abrazarle, claro que tal cosa no le molestaba demasiado. La chica era un bombón.

—¡Maurice, al fin te he encontrado y vas a pagármelas todas juntas! —chilló la voz inconfundible de Giacomo Perucci.

Tony quedó perplejo. ¿Cómo habían podido cruzar el italiano y sus hombres aquel laberinto? ¿Existiría otra puerta para llegar allí y que no habrían querido mostrarle? Sí, sí, eso tenía que ser y seguramente Perucci, en su loca ansia de revancha, la había encontrado.

De pronto Ben Anui, como primera medida de precaución, pulsó un botón y todo el subterráneo se sumergió en la más completa oscuridad.

Lo primero que sintió Tony Perck, tras apagarse la luz, fueron unos labios ansiosos y ardientes que lo besaban casi con voracidad.

En medio del fuerte tiroteo, se escuchó una palmada sonora. La mujer profirió un grito y el americano quedó libre de ella.

—Salvaje —pudo oír por lo bajo.

Perck se agachó y de esta suerte, se dirigió a la puerta. No le fue difícil orientarse, una corriente de aire penetraba por ella.

Se aplastó contra el suelo cuando vio los fogonazos de varias armas automáticas que no cesaban de tabletear. La cosa iba en serio. El que quedara sorprendido sería encontrado luego convertido en colador.

Avanzó casi como un reptil mientras las detonaciones se multiplicaban en todas direcciones. Ello le dio la impresión de hallarse en un lugar infernal, ya que ignoraba contra quién debía luchar ni quién iba a dispararle por el pecho o la espalda. Al fin y al cabo, aquella oscuridad provocada por Maurice resultaba una aliada para todos.

De pronto, en su lento reptar, Tony se detuvo. Sus dedos acababan de palpar algo.

«Esto parece mojado», se dijo.

No tardó en comprender que el agua era menos viscosa que aquello que empapaba su mano y no podía ser otra cosa que sangre. Pero ¿sangre, de quién?

Alargó la diestra y tocó un cuerpo aún caliente, pero que ya no se estremecía. Su corazón no latía.

Perck no se molestó en averiguar de quién se trataba; solo le interesaba hallar su mano derecha. Al fin la encontró y en ella lo que necesitaba.

«Con este pequeño ametrallador podré emplomar a todo bicho que se me ponga por delante», pensó.

Vio salir unos fogonazos a corta distancia de donde se hallaba. Sin dudar un instante, dirigió el cañón del subfusil y tiró del gatillo.

El arma tableteó en sus manos como si pretendiera escapar de ellas. No muy lejos, alguien lanzó un gruñido y un cuerpo se desplomó pesadamente.

Aquella no era la primera lucha en que Tony Perck participaba. Muchas habían sido las veces en que las balas habían silbado como abejorros letales junto a sus orejas.

Después de disparar, efectuó un salto hacia atrás y a la derecha. Apenas había conseguido llegar a su nuevo puesto, siempre en la oscuridad, cuando surgieron varios proyectiles frente a él. Aquellos plomos le hubieran perforado de no moverse de su sitio o simplemente haber avanzado en lugar de retroceder.

—¡Maurice, da la cara! —gritó Giacomo Perucci.

—¡Te has jugado la piel y la has perdido, Giacomo! —replicó el franco-argelino.

De nuevo surgieron disparos. Tony Perck se aplastó contra el suelo e hizo fuego. Alguien aulló de dolor pero no cayó. Aquel sujeto, al igual que las fieras heridas, en adelante resultaría más peligroso.

Lo que Tony Perck ignoraba en aquellos instantes es que acababa de herir al propio Giacomo Perucci.

—¡Entrégate, Giacomo, entrégate y quizá todavía puedas salvar la piel! —conminó el dueño de aquella guarida infernal.

—¡Antes he de desollarte vivo, cerdo! —gruñó el italiano.

Los disparos se hacían en aquellos momentos al tuntún, no existía orientación posible. Ni siquiera podían saber si estaban contra la pared, encarado con una habitación o con el propio túnel.

El estadounidense decidió emplear un truco que había utilizado ya en alguna ocasión y que siempre le había dado buen resultado, aunque ponerlo en práctica era jugarse la vida a cara o cruz.

Buscó en su bolsillo, un sobre de cerillas quedó entre sus dedos. Estaba húmedo, y aquello le deparaba más dificultades.

«Lo intentaré...», se dijo estirado en el suelo.

Frotó el primer fósforo. La cabeza del mismo se rompió y hubo de repetir la operación. A la segunda vez, saltó la chispa prendiéndose.

Lanzó la cerilla encendida al aire y rodó sobre su propio cuerpo con el ametrallador entre las manos. Lo que había provocado no tardó en suceder.

Varios proyectiles se clavaron en el lugar donde estuviera segundos antes. Incluso, los plomos siguieron a la llama de la cerilla que parecía fijar las pupilas de todos.

Perck aprovechó la situación. Tiró del gatillo y una nueva ráfaga en abanico dio su resultado. El que le disparara primero, cayó materialmente segado por las balas.

Aquella lucha dentro de la madriguera de Maurice Ben Anui estaba resultando una verdadera masacre.

—¡Sal de tu escondrijo, cerdo! —chilló el italiano.

—¡Ven a buscarme, bola de grasa! —replicó el franco-argelino.

Perck no era ningún tonto. Había captado un sonido casi imperceptible, pero que le dio la clave de lo que sucedía realmente.

Estaba seguro de que Maurice, un tipo difícil y escurridizo, había preparado bien su guarida. ¿Cómo podía haberla asaltado Giacomo Perucci y sus hombres? Eso era algo que el norteamericano ignoraba aún, pero lo que sí sabía es que Maurice Ben Anui no dejaba salir vivo al que entrara allí para tratar de aniquilarle.

El pequeño ruido le había dado a entender que Maurice estaba escondido y que hablaba a través de un micro escuchando por un altavoz. De este modo, no había bala que le pudiera cazar. Sin embargo él, Tony Perck, se estaba jugando allí el físico por un tipo cobarde que sabía escapar a tiempo.

Un viento ligerísimo le indicó que alguien se le acercaba. Aquello, al aire libre, no lo habría notado, mas allí dentro sí.

Escuchó un aliento jadeante. La pernera de un pantalón rozó su rostro.

No esperó más. Abrazó aquellas piernas que se habían puesto a su alcance y tumbó a su poseedor.

Ya en el suelo, se enzarzó a golpes con aquel sujeto al que posiblemente no había visto jamás. Poco después, sintió que algo que semejaba quemar le hería el brazo. No cabía duda, aquel hombre pretendía coserle a cuchilladas.

Perck se apartó ligeramente y tuvo la impresión de que la navaja le buscaba de nuevo. Era trágico luchar con alguien armado de un estilete y en la oscuridad.

Tomó el ametrallador y descargó un culatazo sobre el lugar donde creyó que aquel tipo debía tener la cabeza.

Oyó crujir algo. Después, su enemigo quedó quieto, inmóvil; había acertado.

En aquel instante ocurrió lo imprevisto. La luz volvió y tras la oscuridad absoluta a la que se habían acostumbrado los ojos de cuantos allí se jugaban la vida, todos quedaron cegados.

El que antes lograra ver, aquel seguiría en el mundo de los vivos. Los demás, caerían.

El americano no esperó a ver con perfección. Divisó dos figuras ante él, a cinco metros escasos. Una de ellas se hallaba de pie y con las piernas en jarras, lo que le hizo deducir que iba armada de un ametrallador.

El otro, parecía sentado en el suelo, quizá ya estaba herido.

El subfusil de Perck ladró a la muerte hasta que enmudeció carente de municiones. Las cápsulas vacías fueron sonando metálicamente al rebotar en el suelo hormigonado.

Esperó quieto. Si no había acertado, él no tardaría en ser barrido por las balas de los italianos.

No es que pretendiera ayudar a Maurice atacando a estos, sino salvar su propia vida. En aquella oscuridad, cada sujeto que había delante resultaba un enemigo al que había que liquidar o le matarían a él.

No se produjo ningún ruido. El silencio más absoluto reinó en el pasillo.

Ya con la vista clara, descubrió frente a sí ocho cadáveres tendidos en el suelo en las posturas más grotescas.

Avanzó despacio, como si temiera despertar a un recién nacido en su cuna.

Uno de los últimos que habían caído era Aldo. Junto a él, con los ojos tan abiertos como la boca, había expirado Perucci. Su

carrera de crímenes acababa de ser segada por Tony Perck.

—Excelente, yanki.

Tony se revolvió. Una puerta acababa de abrirse y por ella aparecía Maurice Ben Anui. Tras él, armados, le seguían los dos guardaespaldas que antes viera en el despacho.

—Por lo visto sabes desaparecer a tiempo, Maurice.

—Así es, yanki, tengo mis métodos. De no emplearlos, hace tiempo que mis enemigos hubieran conseguido su propósito: enterrarme metido en una caja de piso barato pintada de negro.

Mientras hablaban, Petit apareció por la puerta del despacho. La rubia se dejó ver tras él. Ellos también continuaban vivos.

—Yo empleo un sistema más práctico para combatir a mis enemigos.

—Sí, y por lo que veo bastante efectivo —repuso Ben Anui señalando los ocho cadáveres.

—¿Cuántos de estos son tuyos?

—Solo dos. Ese que aparece con la cabeza partida y aquel que está junto a la pared, como sentado.

—Al sentado no lo sé, pero a este de la cabeza creo que lo he liquidado yo.

—No te lo reprocho. De no haberlo matado tú, él te habría liquidado a ti. En la oscuridad no hay amigos a los cuales ayudar. Ah, te agradezco que me hayas librado de Giacomo. Siempre me había parecido un tipo molesto.

Tony Perck pensó que enviando al infierno a Giacomo Perucci y sus secuaces no había hecho solamente un favor al cobarde y escurridizo Maurice, sino también al mundo de la gente honrada, a la ley y a la justicia.

Mas no podía detenerse a pensar tales cosas. Enfrente tenía al más peligroso de los purificadores y traficantes en drogas de Europa y quizá del mundo entero. No podía descuidarse y descubrir su personalidad ante aquel individuo tan sutil y perspicaz.

—Bueno, creo que ahora, mientras tus hombres recogen toda esta carroña, podré quitarme la ropa mojada, ¿no?

—Sí. Tú, Françoise —interpeló a la rubia platino—, encárgate de que nuestro intrépido huésped esté bien atendido.

—Encantada —se apresuró a decir la fémina entreabriendo sus carnosos labios en una sonrisa de satisfacción. Pensaba que no era

fácil encontrar hombres tan duros, temerarios y varoniles como el americano.

—Bueno, lo que tendría que hacer es ir al hotel. Allí tengo la ropa con que cambiarme —dijo con intención de salir de la guarida, pues esto era lo que más deseaba en aquellos momentos. No ignoraba que la vida de Rafy Caywell corría peligro.

—Oh, no hace falta. Pronto tendrás aquí todo tu equipaje, mis hombres se encargarán de traértelo.

La rubia se acercó al yanki, lo cogió por el brazo y tiró de él.

—¿Vamos, querido?

Tony Perck se dejó llevar por la francesa. No podía despertar recelos en Ben Anui si deseaba seguir adelante con su plan, y todo no consistía en penetrar en aquella guarida, si no también presenciar el desembarco de cocaína que le habían anunciado.

CAPÍTULO VII

Rafy Caywell escuchó los golpes en la puerta de su habitación. Mientras acababa de peinarse ante el espejo del cuarto de baño respondió:

—¡Un momento!

Los golpes insistieron apremiantes sobre la puerta, obligándola a dejar el peine y dirigirse hacia la hoja de madera.

Descorrió el cerrojo y en el umbral aparecieron dos sujetos de aspecto fornido, rostro grave y cubiertos por sombreros de ala delantera baja, como si quisieran ocultar sus ojos.

—¿Rafy Caywell?

—Sí, yo misma. ¿Qué desean?

Uno de ellos sacó un carnet marrón que pasó rápidamente ante las pupilas de la muchacha, sin que esta tuviera tiempo de leerlo.

—Somos de la Süreté.

—¿Policía? —repitió entre sorprendida y asustada.

—Sí. ¿Acaso tiene miedo? —preguntó uno de aquellos individuos, sonriendo cínicamente.

—No, no, claro que no, ¿por qué había de tenerlo? —balbuceó Rafy apenas sin poder tragar la saliva, pues ya se veía entre rejas por haber inyectado la droga en la vena del campeón alemán.

—No, por nada, pero ¿podemos pasar? —inquirió el que le había mostrado el carnet y que respondía por el nombre de Gilbert.

—Sí, claro, pasen.

Rafy se hizo a un lado y los dos tipos cuarentones, con las manos en los bolsillos de sus gabanes, se introdujeron en la habitación 33 del Hotel Lune.

—Es usted inglesa, ¿verdad?

—Sí, he venido para una convención profesional de manicuras y pedicuros.

—Lo sabemos. Ahora, díganos dónde tiene escondido el balón —preguntó sorprendidamente Gilbert. Parecía más viejo que su compañero.

—¿El balón? —repitió la inglesa, abriendo sus grandes ojos castaños, chispeantes como cielo agostino. Sus manos se entrecruzaron incapaces de controlar sus nervios.

—Sí, el balón blanco de cuero.

—¿Cómo han sabido que tengo yo un balón?

—Nosotros sabemos más cosas, guapa, quizá demasiadas para lo que a ti respecta.

—¡Eh, René, el balón está en la estantería! —indicó el más viejo al descubrir el esférico.

Mientras René se dirigía en busca del balón, la morena protestó:

—¡Esa pelota me la han dado de recuerdo!

—Sí, un rubio llamado Shoren.

—¿Cómo lo saben?

—Nosotros sabemos muchas cosas, guapa, ya te lo he dicho.

Gilbert tomó el balón y lo sospesó entre sus manos. Apenas había terminado de hacerlo, su compañero preguntó:

—¿Es el que buscamos?

—Sí, no hay duda. Hasta está la firma de Shoren en el cuero.

—Ahora, guapa, nos explicarás a quién ibas a pasarle la cocaína —advirtió René.

—¿La cocaína? No, no sé de qué me hablan...

—No mientas, eso solo servirá para alargar tu agonía —advirtió René.

—¿Mi agonía? ¿Ustedes, ustedes no son policías...?

Gilbert estalló en una carcajada sardónica antes de objetar:

—¿Es que tenemos cara de polizontes, nena?

Rafy trató de correr hacia la puerta, pero Gilbert la cogió con facilidad. Le retorció las muñecas y luego la sujetó por la espalda. La joven intentó en vano zafarse de las manos del hombre.

—Te advierto que si chillas te hacemos un afeitte en la garganta que ni la guillotina podría superarlo.

La mujer experimentó un estremecimiento de terror al ver una navaja de afeitar en las manos de aquel tipo, cuyo acero desnudó frente a sus ojos.

—¡No, no pueden hacerme nada!

—Eso depende de ti, guapa —indicó René irónico.

—¡Yo no sé nada!

—Tú sabes y mucho. ¿Por qué, si no, tenías el balón en tu poder?

—¡Si el balón es un recuerdo que me dio Shoren, el jugador alemán, la noche que murió!

—Lo sabemos, pero ¿no te parece que como recuerdo resulta demasiado caro?

—Si un balón no vale mucho dinero...

—Este sí y no te hagas la estúpida —gruñó René ya molesto, al tiempo que su zurda abofeteaba el rostro femenino sacudiéndolo de un lado a otro—. Si continuas haciéndote la tonta, tendrás más ración.

—¡No sé nada, no sé nada! —insistió Rafy.

—Será mejor que nos la llevemos, ya sabes lo que ha dicho el jefe, René.

—Sí, antes de que se ponga histérica.

—¿A dónde quieren llevarme? —interrogó temblorosa.

—A un lugar que no te gustará si sigues emperrada en decir «no sé nada, no sé nada».

Gilbert, que continuaba aterrándole las manos a la espalda, la empujó hacia delante sin miramientos. Ella se resistió como pudo aunque inútilmente, pues carecía de la fuerza suficiente para contrarrestar a aquellos hombres.

—No te pongas tonta y síguenos tranquila, sin hacer aspavientos.

—¿Y si me niego?

—Mira, guapa, trabajos como este los hemos hecho muchas veces y sabemos cómo actuar en el momento adecuado. Si caminas bien y nadie nos dice nada, tú llegarás sana y salva al sitio donde te llevemos.

—¿Y si no?

—Entonces, te encontrarás un par de agujeritos en la espalda. Nosotros nos iremos y en paz, bueno, paz también habrá para ti cuando te entierren por haber fallecido de dos balazos. Ponte algo encima y vámonos.

Rafy comprendió que nada podía hacer. Aquellos sujetos no amenazaban en vano. Sus mejillas aún ardían por los golpes recibidos. Tomó un abrigo ligero y se dirigió hacia la puerta. Gilbert y René se le pusieron a izquierda y derecha.

Sus manos se habían hundido en los bolsillos y bajo el brazo de Gilbert quedaba el balón firmado por Shoren y al que Rafy Caywell no había dado la importancia que realmente tenía.

Mientras descendía las escaleras y pasaba por el *hall* del hotel, la

joven buscó ansiosa con la mirada al único hombre que conocía en París y en quien podía fiar: Tony Perck. Pero el americano no aparecía por parte alguna.

—Camina hacia el Citroën gris —dijo René con toda naturalidad.

Rafy no pudo hacer otra cosa que obedecer. Se hallaba prácticamente acorralada entre los dos hombres armados y el intentar huir le valdría la muerte.

Se lo habían advertido, y ella no deseaba morir. Era demasiado joven, y bonita para convertirse en un cadáver, en algo que en general repelía a la gente.

Gilbert no perdía de vista la pelota de cuero. Rafy no comprendía el interés de aquellos hombres hacia un balón apenas con el valor de una firma.

—Pasa atrás —le ordenó René.

El tal René se sentó a su lado y cerró la portezuela. Poco después, el «DS» se ponía en marcha. Su silueta semejava una lancha a punto de surcar el mar.

El farragoso tráfico de París no fue obstáculo para Gilbert, hábil conductor.

La joven miraba por la ventanilla, quería saber a dónde la llevaban. ¿Qué iban a hacerle aquellos hombres que se habían presentado como policías para intimidarla?

—¿A dónde me llevan?

René no se molestó en contestar. Por su parte, Gilbert la observó a través del retrovisor y se dijo que era bonita. Sería una lástima que el jefe destrozara aquella cara tan atractiva. Pero no sería él quien se opusiera a Maurice si este torturaba a la inglesita para sonsacarla.

René extrajo una cinta negra del bolsillo, era ancha y espesa. Miró a la muchacha y advirtió:

—Voy a taparte los ojos.

—¿Taparme los ojos? ¿Para qué?

—Por tu bien, guapa.

Gilbert agregó:

—Si el jefe decide dejarte con vida, podrás encontrarte de nuevo en la calle si no has visto el lugar adonde te llevamos. En cambio, si lo ves, si conoces el sitio o se te ocurre la idea de señalar el camino como Pulgarcito, cosa difícil aquí en medio de París, ya no volverías

a ver jamás la luz del sol.

La joven morena comprendió. Si se dejaba vendar los ojos tenía una posibilidad de vivir. Si no accedía, su muerte era segura. ¿Por qué iba a morir? Lo ignoraba, pero prefirió tener una esperanza por pequeña que esta fuera.

Ya con los ojos tapados, el coche siguió su marcha. Aquellos tipos no se preocuparon en darle conversación.

René la inclinó hacia el ángulo interior del auto para que nadie se percatara de que llevaba los ojos vendados.

Rafy Caywell tenía todos los nervios en tensión. Oía los ruidos del tráfico parisino. Jamás se había dado cuenta de que existieran tantos sonidos distintos en una gran urbe como aquella.

Pudo percibir un ruido monótono y que le costó identificar, quizá debido a que el coche llevaba las ventanillas cerradas. Apenas unos segundos después, sintió un ligero vaivén. Estaba segura de que el auto había subido y ahora bajaba. Allí donde acababan de detenerse los ruidos sonaban con eco, era algo inconfundible.

—Apéate y ojo con sacarte la venda. Te podría costar muy caro —gruñó René abriendo la portezuela.

Rafy Caywell descendió con cuidado, no deseaba caer. Al cerrarse la portezuela volvió a notar la sensación de eco, lo que le indujo a creer que se hallaban en algún lugar cubierto de grandes dimensiones.

René la cogió por el brazo y la hizo avanzar.

—No temas, si hay algo delante ya te avisaremos.

De nuevo escuchó el ruido de puertas metálicas al abrirse.

—No sigas —indicó Gilbert.

Las puertas se cerraron y oyó el sonido de un motor al ser puesto en marcha. Aquello le recordó que los ascensores hacían el mismo ruido.

—Estoy es un ascensor, ¿verdad?

—Sí, pero haz el favor de no preguntar más, guapa, o puede costarte caro. La curiosidad suele perder a las mujeres.

Cuando el ascensor se detuvo, tornaron a abrirse las puertas y fue conducida por la mano de René. Unos minutos después quedaba otra vez quieta en pie.

Le quitaron la venda y se vio obligada a parpadear debido a la intensa luz que cegó sus pupilas.

—¿Qué tal le ha sentado el viaje, señorita Caywell?

La joven, ya con la vista clara, contempló al hombre que tenía delante de tez aceitunada, cabellos y perilla rojiza y ojos hundidos.

—¿Quién es usted, qué quieren de mí? ¿Dónde estoy?

—Me llamo Maurice Ben Anui. ¿No ha oído hablar de mí, señorita Caywell? —preguntó el argelino con cínica sonrisa.

CAPÍTULO VIII

—Françoise, alárgame la toalla —pidió Tony Perck desde el interior de la ducha.

La rubia platino soltó una risita suave. Luego, le pasó la toalla por encima del cristal que hacía las veces de puerta del baño.

—Hay colonia, querido. ¿Qué marca prefieres?

—Cualquiera si huele a limón.

—¿Te gusta lo ácido? —inquirió la atractiva francesa.

Se desenvolvía con toda normalidad en aquella habitación de dimensiones regulares y lujosamente amueblada. Lo único que faltaba allí era una ventana. En su lugar había un hueco por el que entraba continuamente aire fresco y renovado. La guarida de Maurice estaba bien acondicionada, en ella no hacía frío ni calor.

—Sí, pero tampoco desprecio nunca ningún bombón.

—Bueno, en ese caso, no tengo que ponerme a llorar.

La mujer pasó el frasco de colonia sobre el cristal.

—Échamela encima tú misma —pidió el americano mostrando sus amplios hombros.

—Como gustes, querido. ¿Sabes que tienes la piel muy suave?

—No me digas... A propósito, ¿tú has llorado alguna vez?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, curiosidad. Bueno, ya hay suficiente colonia.

—¿Te molesta el masaje?

—No, pero por esta noche ya he estado bastante en remojo, ¿no crees?

Poco después, Perck se cubría con un batín caro, de seda azul y grana que le proporcionó la rubia. Ella misma acabó de anudarle el cordón en la cintura. Luego, le pasó los brazos alrededor del cuello y le besó en los labios.

—Querido, eres el hombre más hombre con el que me he topado en mi vida.

—¿Cuántas veces has repetido ese disco, muñeca?

—¿No me crees? —preguntó adoptando un aire de ofendida, pero sin levantar la voz, siguiendo en su susurro.

—Bueno, ¿y por qué no iba a creerte? Después de todo, me han dicho tantas veces que no estoy mal, que al fin tendré que

convencerme de ello.

—Anda, Tony, bésame; solo hago que besarte yo a ti.

—Bueno, ya te he dicho antes que jamás desprecio un bombón.

Perck la ciñó por el estrecho talle. Oprimió el opulento busto contra sí y la besó largamente en los labios. Ella, como si en aquellos instantes sufriera un ataque de debilidad, se abandonó por completo a la caricia.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación.

Petit quedó en el umbral. Al ver lo que ocurría masculló por lo bajo:

—Estos americanos siempre están de suerte. Yo he venido tan mojado como él y «ahí te pudras»...

—¿Ocurre algo, Petit? —preguntó Perck al descubrirle por encima de la rubia cabellera.

—El jefe quiere verte.

—Podía haber escogido otro momento para llamarme —gruñó sin soltar la cintura femenina.

Françoise, al ver que el hombre la abandonaba para dirigirse a la puerta, intentó retenerle por un brazo.

—¡Ahora no, Tony, dile que irás luego! Después de todo, tú eres el cliente.

—Oh, no, querida, no tengas prisa, siempre hay tiempo para todo —repuso él.

La rubia se encogió de hombros, esbozó una mueca de desagrado y siguió al hombre caminando sobre sus tacones aguja de más de diez centímetros.

Anduvieron por el pasillo. Luego, Tony Perck se introdujo en el despacho de Ben Anui.

Con la bata cubriendo su cuerpo, el abundante cabello desordenado confiriéndole aún más virilidad y fuerza y las manos en los bolsillos, tenía un aire de soltura que hubiera obligado a decir a cualquiera que se hallaba en su propia casa y no en la guarida del más sutil y sagaz traficante de drogas de toda Europa.

—¡Tony! —exclamó Rafy al descubrirle y casi sin dar crédito a sus ojos.

Perck se sintió de pronto como si le hubieran propinado un mazazo en la frente. Como buen encajador moral y físicamente que era, reaccionó con rapidez y avanzó un par de pasos hasta colocarse

junto a la inglesa. La saludó con una sonrisa llena de naturalidad.

—Hola, querida. ¿Qué tal te encuentras?

Françoise, apoyada en la jamba, hizo un mohín de disgusto y se dijo:

«Vaya, ya tengo competencia. Era extraño que un ejemplar como ese quedara para mí sola.

—¡Tony, me das asco! —escupió la joven—. ¡Jamás hubiera imaginado que pertenecieras a esta pandilla de canallas!

—Ya ves, querida, la vida nos depara siempre muchas sorpresas.

El hombre se encogió de hombros. Ansiaba aclararle una serie de cosas, pero de hacerlo, ello representaría la vida de ambos.

El franco-argelino los observaba alternativamente. Encarándose con el americano intervino:

—¿Os conocíais?

—Sí, somos vecinos de hotel.

—¡Solo eso, porque jamás podría mirar a la cara a un tipo como tú! —espetó la inglesa con una saña que hizo sonreír tranquila a la rubia e incluso a Ben Anui.

—¿Ha habido algo entre los dos? —preguntó el que no era un hombre, sino un cadáver.

Maurice sonrió de tal forma que a Rafy le pareció euroafricano.

—Poca cosa, las inglesitas son muy especiales —repuso Perck sonriente.

Rafy apretó los dientes. Se puso roja como la grana y alzó su diestra con intención de abofetearlo. Sin embargo, su mano no llegó a caer sobre el rostro masculino, pues René la detuvo en el aire.

—Quieta, fierecilla.

—¡Suélteme, quiero matar a ese hombre!

Perck, sin sacar las manos de los bolsillos ni dejar de sonreír objetó:

—Una chica impulsiva...

—Sí, opino que si la soltamos sería capaz de arrancarte los ojos —advirtió Ben Anui—. Aunque pronto pasará a mejor vida.

Mientras, Françoise sonreía abiertamente bajo el umbral de la puerta.

—¿Piensas liquidarla? —inquirió Perck fríamente.

La inglesa le miraba aun incrédula y llena de rabia. Le parecía inconcebible que aquel hombre, que horas antes la besara en la

Torre Eiffel, fuera el mismo que se comportaba de forma tan despreciable en aquellos momentos.

Petit escrutó el rostro de la morena y dijo:

—Es la misma que había en la torre esta noche, ¿verdad, yanki?

—Sí, y por poco me dejas frío en sus brazos.

—Bueno, bueno, una coincidencia. En fin, quizá no tenga importancia, lo que sí la tiene es que hemos recuperado la cocaína que ya considerábamos perdida y la policía sin enterarse de nada —anunció Ben Anui triunfal—. Gilbert, dame el balón.

—¿Cuánta nieve hay ahí dentro? —preguntó Perck señalando el esférico que ahora estaba entre las manos sarmentosas del argelino.

—Un kilo setecientos cincuenta gramos para ser exactos. Esta será la primera parte de tu compra. Luego, con el envío que ha de llegarnos y tras purificarlo adecuadamente, tendrás el resto para llevarlo a América.

—Eso espero, pero antes me agradecería comprobar si tu nieve es tan pura como me aseguraron allá en Detroit —dijo un tanto escéptico.

Aquel sujeto le repelía y en cambio, Tony Perck, pese al odio infinito que le inspiraba, continuaba atrayéndola con una fuerza irrefrenable. Se maldecía a sí misma por aquel sentimiento.

El euroafricano tomó un afilado cortaplumas que reposaba sobre la mesa escritorio y lo hundió entre las juntas de cuero, abriendo de esta forma un hueco en el balón.

—Pronto juzgarás por ti mismo.

Quedó al descubierto un polvo blanquísimo y lo tendió al americano. Este, con aire experto, puso un poco en el dorso de su mano y lo probó ligeramente con la lengua.

Ante la expectación de todos y la sonrisa de seguridad del argelino, adoptó un aire grave y ceñudo. Casi amenazador preguntó:

—¿Qué es esto, una broma o qué? Te advierto Maurice que cierta clase de chistes no me gustan.

Cuando todos esperaban una aceptación por parte del yanki, quedaron perplejos incluyendo a la bella Rafy. El que no parecía asombrado y sí molesto era Ben Anui.

—¿Qué sucede, yanki, no te agrada mi nieve?

—Podrías pegársela a un novato, pero a mí no. Esto no es

cocaína ni lo ha sido nunca, aunque tenga el aspecto de serlo. En realidad, todas las sales orgánicas son blancas o al menos casi todas.

Con el rostro sombrío, casi fuera de sí, el franco-argelino introdujo uno de sus huesudos y oscuros dedos en el agujero del balón y tomó una pequeñísima muestra llevándola a sus labios.

—Tienes razón —gruñó. Inmediatamente, pulsó un botón de su complicado dictáfono.

—Aquí el laboratorio —respondieron al otro lado del hilo.

—¡Heiden, venga rápido! —chilló más que ordenó.

El despacho se mantuvo en el más absoluto silencio hasta que llegó el denominado Heiden.

El alemán era un tipejo pequeño, enfundado en una bata blanca que casi le llegaba a los pies.

Su rostro redondo estaba casi cubierto por unas grandes gafas de gruesos cristales, a través de los cuales sus ojos se veían pequeños, inquisitivos, aunque la apariencia general del científico era de un embobamiento extraordinario.

—¿Me llamabas, Maurice?

—Heiden, dime qué es esto —y le tendió el balón.

El químico lo observó por unos momentos. Luego, como si temiera que un cepo invisible le cogiera el dedo al meterlo dentro del balón, sacó una muestra cuidadosamente y se la llevó a los labios.

Tras mirar al techo como si pensara durante unos instantes, expuso ante los oídos atentos de cuantos le rodeaban:

—Esto no es cocaína.

Françoise y el propio Tony Perck apenas pudieron contener una risita. Maurice resopló de impaciencia.

—¡Eso ya lo sabemos, estúpido! ¿Qué es esto?

Heiden se encogió de hombros. Le habían llamado estúpido tantas veces que una más ya no importaba. Volvió a saborear la muestra, adoptando el mismo aire de antes y como si fuera el mismísimo Sófocles antes de soltar una de sus máximas, anunció:

—Es fenil butazona.

—¿Fenil qué...? —farfulló el argelino.

—Sí, fenil butazona —repitió el germano—. Es un producto farmacoterapéutico que sirve para curar.

—¡Al cuerno! —estalló furioso el jefe de aquella banda de

traficantes en drogas.

Tony Perck pensó que las cosas se iban a poner feas para Rafy Caywell. Sin embargo, él no podía intervenir o todo su plan quedaría destruido.

Siguió con sonrisa escéptica y suficiente mientras sus manos continuaban escondidas en los bolsillos del caro batín.

La rubia Françoise contorneándose, demostrando que era la antítesis de la línea recta, se aproximó al estadounidense y se colgó de su brazo. Rafy apartó todo lo que pudo la vista de la pareja.

—¡Si es el mismo balón que le llevamos a Shoren! —dijo Petit acercándose a la mesa y examinando el suero—. Lo único que cambia, la única diferencia, es que la firma de Shoren no estaba entonces.

—El autógrafo me lo puso Shoren cuando me regaló la pelota en agradecimiento por un servicio que le hice —explicó la morena.

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de servicio le prestaste, pequeña? ¿Algún favor propio de mujer? —preguntó Maurice sinuoso pero al mismo tiempo presagiando tormenta.

Tony contuvo sus puños dentro de los bolsillos, aunque trabajo le costó hacerlo. La inglesa se puso roja como la grana.

—¡Mi dignidad está por encima de una pregunta tan desagradable!

—Bien, bien, si eres tan honrada y digna, ¿qué clase de favor le hiciste a Shoren? Dilo pronto, mi paciencia está colmada y pienso que no merece la pena tener contemplaciones con nadie. Tú aún tienes que explicarme cosas, muchas cosas.

Todos los presentes en el despacho se encararon con Rafy. Esta, entre nerviosa y altiva, comenzó a explicar:

—Me dijo que debía ponerse una inyección en la vena, que le era necesaria y se trataba de unas vitaminas. En principio me negué, le dije que tan solo era manicura y no una enfermera. Él me convenció y yo le puse la inyección. Quiso pagarme, pero yo no acepté y luego me firmó este balón como recuerdo. Al día siguiente, cuando leí los periódicos, comprendí que no le había inyectado una vitamina, sino cocaína.

—Y eso, pequeña, te colmó de estupor —sonrió Maurice mostrando sus dientes similares a los de un lobo—. ¿Por casualidad no viste un cadáver en su habitación?

—¿Un cadáver?

—Sí, un cadáver con cara de asiático, de javanés concretamente.

—No, yo no vi nada.

—¡Hasta ahora te he seguido la corriente, pero no creas que vas a engañarme con tu aire de inglesita tonta!

—¡Yo no sé nada, ya se lo he dicho! —repitió la joven dándose cuenta de que no podría huir de allí, pues se hallaba rodeada de enemigos. Del propio Tony tampoco podía esperar nada.

—¡Tú le inyectaste la cocaína a Shoren porque eras amiga suya, más que eso, su cómplice! —acusó Maurice levantándose y dando la vuelta a la mesa para acercarse más a la joven.

—¡No, no es cierto, yo solo he visto a ese hombre una sola vez en toda mi vida!

—A otro con ese cuento. Shoren liquidó al javanés, ¿por qué? No lo sabemos, quizá quería quedarse él con toda la droga y percatándose de que le descubriríamos te la pasó a ti y de este modo nos la escamoteaba.

—¡A mí me dio el balón como agradecimiento por la inyección que le puse:

—Para creermelo yo tendría que haber hallado la cocaína dentro del balón y, ¿qué he encontrado a cambio? —se preguntó irónico—. Un producto que no engaña ni al más lerdo. Ya has oído antes, un potingue farmacoterapéutico o algo así ha dicho el imbécil de Heiden.

—¡Tiene que creermelo, yo no sé nada!

—Mira, pequeña, la droga vale mucho dinero. No pensarás que voy a permitir que me la quiten y menos con la excusa de que eres una chica buena y todas esas zarandajas. ¿Dónde está la cocaína? Rápido, ¿dónde la has escondido?

—¡Yo, yo no tengo nada, lo juro!

La mano sarmentosa del franco-argelino golpeó la cara de la fémina con tal fuerza que se la hizo volver de golpe hacia la derecha. El espeso y negro cabello le cubrió el rostro.

Tony Perck sacó las manos de los bolsillos. No podía consentir más aquello. Sabía que la muchacha era inocente y si Maurice seguía adelante acabaría por matarla.

En aquel momento, cuando el americano se disponía a echar todo su plan por la borda para saltar sobre Maurice y enseñarle

cómo eran los puños de un hombre dispuesto a matar por defender a una mujer, sonó el timbre del teléfono.

Ben Anui giró su cuerpo hacia la mesa. Alargó la mano y tomando el auricular se lo llevó a la oreja. Tony, por su parte, se contuvo.

—¿Diga? Sí, sí, pásame la comunicación aquí —ordenó áspero.

—Bien, dentro de media hora estaremos ahí —acabó por decir Maurice colgando después.

—¿Malas noticias? —inquirió Perck indiferente aunque en el fondo ardía en deseos de acabar con aquel sujeto.

—Han surgido algunas complicaciones. Vosotros —señaló a sus sicarios— me acompañaréis. Tú, Petit...

—¿Qué, jefe?

—Te encargarás de esta preciosidad, ponla a buen recaudo. En cuanto a ti, pequeña, te advierto que no tendré paciencia cuando regrese. Solo tú puedes tener la cocaína, dime dónde puedo encontrarla y seguirás viviendo.

—¡Si no sé nada, ya lo he jurado, no sé nada!

—Si persistes en esa idea cuando vuelva, lamentarás haber nacido y te lo dice Ben Anui. A un hombre se le puede hacer hablar de muchas maneras, pero a una chica bonita como tú, resulta muy fácil.

El alemán Heiden fue el primero en desfilar. Por su parte, Petit empujó a Rafy llevándosela por el corredor a un reducido cuartucho que hacía las veces de celda.

Maurice se encaró con Perck y dijo:

—Cuando acabe con mis asuntos volveré. Creo que entonces podremos prepararnos para el mayor contrabando de cocaína que ha visto jamás la historia. Como tú vas a ser mi principal cliente, vendrás conmigo. Será divertido, te lo aseguro.

—Espero que sí, Maurice. Siempre es interesante ver cómo trabajáis en la vieja Europa.

Ya solos en el despacho, Françoise besó al norteamericano. Ante la frialdad de este preguntó:

—¿Te interesa la inglesita, cariño?

—¿La inglesita? Bah, no soy hombre para una sola mujer.

—En ese caso vamos, cariño, todavía no ha salido el sol, faltan bastantes horas...

Y sin apartar de su mente cuanto estaba sucediendo, Tony Perck se dejó arrastrar por aquel monumento viviente de la bella Francia.

CAPÍTULO IX

Tony Perck giró su cabeza hacia la cama. Françoise se hallaba profundamente dormida, con la rubia cabellera desparramada sobre la almohada.

«Es bonita, pero no la clase de mujer con la cual me casaría», se dijo con una ligera sonrisa.

Todo su equipaje había llegado una hora antes como pronosticara Maurice Ben Anui. Por tanto, ya podía ponerse ropa decente.

Volvió su rostro hacia el espejo y se anudó la corbata. Cuando el nudo estuvo a su gusto, se colocó la chaqueta y se inclinó sobre la maleta de piel de cerdo.

De su interior extrajo un cartón de cigarrillos americanos.

«Será cuestión de que me vaya preparando», pensó.

Abrió el cartón y apartó los paquetes que había en su superficie para coger dos de ellos que se hallaban más ocultos, menos accesibles. Comprobó que llevaran la señal previamente hecha y los guardó en su bolsillo.

De un tercer paquete sacó un minúsculo aparato electrónico accionado con pilas de mercurio.

El aparato en cuestión no era otra cosa que un lanzador de microondas emitiendo dos pitidos consecutivos y dos alternos, siempre en intermitencia y con la misma frecuencia de onda.

Tenía una forma alargada y no ocupaba más que dos garbanzos juntos. Por uno de sus lados llevaba un fuerte adhesivo.

Perck adaptó el microemisor en el talón de su zapato derecho, en la parte delantera donde formaba ángulo con el resto de la suela. A no ser que mostrara la planta de su pie sería prácticamente imposible descubrirlo.

No puso en marcha el aparato electrónico, sabía de sobra que en aquellos momentos, estando Dios sabe a cuántos metros bajo tierra, las microondas eran inaudibles en la superficie.

Su «Parabellum» le había sido devuelta. Comprobó el cargador y escondió la pistola en su sobaquera. Tras darse unos toques al frondoso cabello, salió de la habitación procurando hacer el mínimo ruido posible. Françoise continuó durmiendo.

Conocía ya un tanto la distribución interior del centro de la guarida del franco-marroquí. Probablemente había aprovechado unos sótanos o mazmorras de alguna casa importante en tiempos de la revolución.

Lo cierto es que estaba muy bien, con razón la policía no había podido dar con la banda. Solo una vez habían puesto a Maurice tras unas rejas y, faltos de pruebas, habían tenido que deportarlo a su país natal. Mas para él, aquello solo había sido un bonito paseo.

No tardó en descubrir a Petit. Se hallaba sentado sobre una silla, la cual únicamente se sostenía con sus patas posteriores. La cabeza del hombre y el respaldo de la silla se apoyaban contra la pared.

Petit no dormitaba, pero estaba a punto de caer en la profundidad de los sueños.

—Hola, Petit, ¿hay sueño? —inquirió deteniéndose frente a él.

El francés alzó su rostro despacio, como si toda su cabeza pesara en demasía.

—Yo no tengo la suerte que tú, yanki. El jefe me ha dicho que vigile a la chica.

—¿Está tras esa puerta? —preguntó Perck señalando una hoja totalmente de acero y en la que tan solo había una mirilla formada por media circunferencia de radio no mayor a diez centímetros.

—Sí, y no quisiera estar en su lugar.

—Y yo tampoco —agregó Perck. Sacó su pitillera de plata y tras coger un cigarrillo ofreció—: Fuma uno, te irá bien.

—Gracias, no te lo desprecio.

El propio Perck le prendió fuego. Cuando Petit hubo dado su primera chupada, Tony dijo casi con indiferencia:

—Yo no tengo nada que hacer, no puedo dormir.

—¿Y la rubia? —preguntó Petit sonriendo.

—Se ha quedado durmiendo, ella sí tiene sueño.

—Yo también lo tengo, yanki.

—Pues ve a dormir.

El galo sonrió escéptico.

—Tú no conoces bien a Maurice. Si yo me marchó de aquí...

No terminó de hablar, fue cortado por el americano que objetó:

—Yo no tengo sueño, puedo quedarme en tu puesto.

—Es que...

—Bah, no seas tonto y aprovecha la ocasión. Seguramente,

cuando regrese tu jefe, tendremos que marcharnos todos para recoger la cocaína que ha de llegar.

—Sí, eso es cierto, pero...

—Lo mejor es que te tomes un sueñecito, luego te sentirás como nuevo. Lo que no puedo decirte es que vayas a visitar a la rubia; ella duerme como un tronco.

—Ya. Bueno, aprovecharé la ocasión —se levantó de la silla y preguntó—: ¿De verdad que no te moverás de aquí?

—Me hago responsable.

—Bien, entonces te dejo en mi lugar.

Ya comenzaba a alejarse cuando la voz del norteamericano le detuvo:

—Eh, espera, dame la llave de la puerta.

—¿La llave de la puerta? ¿Para qué la quieres? —inquirió de pronto ceñudo,

Perck, con la mayor naturalidad, explicó:

—Es por si a la chica se le ocurre pedirme algo de compromiso, trata de suicidarse o le da por comenzar a hablar. Sería bueno que cuando regresara Maurice le pudieras decir tú mismo dónde está la cocaína desaparecida.

—Sin embargo...

—¿Es que desconfías de mí? Vamos, no seas ridículo. Si le explico esto a Maurice se va a echar a reír.

—Bien, pero si a la chica le da por hablar dímelo antes a mí.

—De acuerdo —aceptó Perck tomando la llave que le tendían.

Se acomodó sobre la silla y aguardó pacientemente. La llave bailaba en sus manos.

Cuando tuvo la certeza de que se hallaba solo, introdujo el llavín en la cerradura y lo hizo girar lentamente. Poco después, la puerta de acero cedía a su empuje.

Aquel cuartucho, utilizado como calabozo, era angosto, de apenas dos metros por uno de ancho.

Rafy Caywell se hallaba en el fondo, con la espalda pegada a la pared.

—Tony Perck, ¿qué vienes a hacer ahora? ¿A regodearte en tu triunfo sobre una inglesa tonta o a abusar de una víctima propiciatoria?

Aquel tono frío y despectivo con que la mujer hablaba le

lastimó.

Cerró la puerta tras de sí, hizo girar la llave de nuevo y acercándose a ella susurró:

—Rafy, te debo algunas explicaciones.

—¿Explicaciones? ¿Qué explicaciones puedes darme tú que ya no sepa? —replicó sarcástica.

—No soy lo que piensas.

—¿Ah, no? Yo creía conocerte bien antes, cuando la Torre Eiffel, pero ahora, ahora sí que te conozco.

Perck se le acercó hasta cogerla por los brazos. Ella, en principio, trató de desasirse y luego quedó quieta, adoptando la posición de una mártir.

—No es lo que tú crees.

—Anda, Tony, sigue adelante. Yo solo soy una mujer y estoy a tu merced, ni siquiera puedo escapar. Tú tienes la llave en tu bolsillo.

—Me haces daño con tus palabras.

—Y tú con tus manos.

—Disculpa, no era mi intención hacértelo —dijo soltándola.

—¿No? Pues ¿qué deseas, que pretendéis todos de mí? ¿Qué estoy esperando aquí dentro?, ¿que me preparen una muerte horrible?

—No, Rafy, yo no permitiré tal cosa. En parte te he metido en este lío y tengo que sacarte de él.

—¿Tú? ¿Cómo me has metido en esto?

—¿Y qué importa eso ahora? Lo que sí interesa es que sepas que estoy de tu lado.

—¿De mi lado o del pelirrojo ese de la perilla que me ha abofeteado como un canalla que es? ¡Los demás sois lo mismo, lo habéis presenciado sin mover un solo dedo!

—No podía moverlo, Rafy, estoy sujeto por algo muy importante.

—¿Por algo muy importante? ¿Quizá es esa rubia que se pegaba a ti como una lapa? —preguntó con sarcasmo, dejando entrever los celos que sentía.

—No puedo hablar.

—Sí, no puedes hablar porque nada tienes que decir. Anda, márchate, déjame sola hasta que vengan mis verdugos para

asesinarme o quizá a torturarme.

—Eso no sucederá nunca.

—¿Vas a impedirlo tú? —inquirió con una carcajada.

—Sí, yo lo impediré porque te quiero.

—Ya no puedo creer en ti, Tony. Te he visto en el despacho de ese sujeto indeseable que se ha atrevido a golpearme.

—Rafy, yo no soy uno de esos criminales traficantes en drogas, sino todo lo contrario.

—No irás a explicarme el cuento de que eres un policía en misión especial, ¿eh?

El rostro del hombre se tornó grave, casi lívido. Con voz ronca, como si su garganta se negara a dejar paso a las palabras, dijo:

—Soy de la Interpol, Rafy.

—¿Ves, si ya lo he dicho yo? ¡Un policía!

—¡Debes creerme!

—¿Y por qué tengo que creerte? ¿No me has mentido ya más de una vez?

—Solo tengo un medio de convencerte. Toma la llave de la puerta, la llave de tu libertad.

La inglesa, con la llave en la mano, preguntó despreciativa:

—¿Crees que eso basta para convencerme? ¿No te das cuenta de que aunque tratara de salir podrías detenerme inmediatamente?

Perck tomó su automática. La amartilló y la puso en la diestra femenina.

—Está cargada, mátame y huye después. En estos momentos, Maurice y la mayoría de sus hombres no están en la guarida. Quizá puedas conseguirlo.

La joven empuñó el arma y apoyó el cañón sobre el amplio tórax varonil. Al hombre no le temblaba ni uno solo de sus músculos. Miraba a la muerte con una indiferencia total.

—Tú lo has dicho, Tony. Voy a matarte para escapar.

—Sí, hazlo. No lo siento por mi vida, yo no valgo nada. Lo único que lamento es que no podré dar cuenta de esos miserables traficantes en drogas. Hoy es cocaína, mañana morfina, pasado heroína y el otro, ¿quién sabe? Los hospitales de todo el mundo están llenos de toxicómanos, de hombres sin voluntad deshechos física y moralmente por culpa de individuos como Maurice Ben Anui. Mi misión es capturarlos, destruir sus poderosas

organizaciones, jugarme la vida a cara y cruz a cada instante. Pero ¿qué vale mi vida, comparada con la de cientos de seres que mueren en los hospitales, con esa multitud de hogares arruinados, de una sociedad que se destruye a sí misma?

La pistola tembló en las manos de la mujer. Después, la apartó del pecho masculino y volcó su rostro sobre él. Sus ojos grandes, atractivos, se llenaron de un torrente de lágrimas.

—Tony, todo esto me parece una pesadilla...

—A mí también me lo parecería si no estuviera acostumbrado a ellas desde que pertenezco a la Interpol.

Sin dejar de llorar, ella preguntó:

—Tony, ¿te has servido de mí para tus fines?

—No, pequeña. Lo que ha sucedido es que has quedado involucrada por lo de Shoren. Si tú no le hubieras puesto la cocaína...

—Es que ignoraba que se trataba de eso. De haberlo sabido...

—Estoy seguro de que te hubieras negado.

—Sí, Tony, me hubiera negado —repitió refugiando más si cabe su rostro en el amplio tórax que semejava protegerla.

—Ahora, yo sé que deseas salir de aquí, pero...

—Sí, Tony, te comprendo. Toma tu pistola y también la llave. Haré cuanto me digas.

—No quiero sacrificarte, Rafy, pero necesito tu colaboración.

—La tienes, Tony, la tienes. ¡Ahora ya no me importaría morir!

—No pido tanto, pequeña. Deseo salvarte, pero necesitarás unos nervios fuertes, tendrás que dominarte a ti misma cuando llegue la ocasión del peligro.

—Aguantaré lo que sea. Tampoco te descubriré aunque me torturen.

—Si lo hicieras, Maurice se saldría con la suya, y yo preciso abortar un fuerte contrabando que está a punto de realizarse y acabar con ese pelirrojo y su pandilla. No es fácil, lo sé, pero tengo que conseguirlo.

Perck se guardó la pistola y retuvo la llave en su mano. Después, preguntó:

—Me agradecería saber por dónde has entrado tú a esta guarida.

Ella alzó el rostro y le miró perpleja. No comprendía.

—Supongo que por el mismo sitio que tú.

—Eso no lo sé. Necesito encontrar una entrada o salida mejor que la que me han mostrado a mí. Esa es un laberinto infernal, tendría que ser un hombre brújula para llegar a la calle por ella.

—Pues no sé, a mí me taparon los ojos dentro del coche.

—Procura recordar algo, algún ruido que escucharas durante el trayecto, algo que pueda identificarse.

—Rodamos por el centro de París, de esto estoy segura. Luego, oí un ruido estridente.

—¿Cómo era ese ruido?

—No sé, es como si algo fuerte golpeará continuamente.

—¿No sería un martillo neumático?

—Pues sí, eso creo que era, aunque dentro del coche no pude identificarlo bien.

—Eso quiere decir que pasaste por un lugar donde había obras. Ahora continúa. ¿Qué más recuerdas?

—El coche se metió enseguida en un lugar donde había una diferencia de nivel. Lo noté en mi estómago y en las piernas. Unos segundos más tarde, detuvieron el coche y estoy segura de que nos encontrábamos en un local cubierto y de grandes dimensiones, con eco.

—¿Podría ser un garaje?

—Sí, desde luego. Después me metieron en un ascensor que bajaba y cuando salí de él, caminé unos pasos antes de que me descubrieran los ojos. Me hallaba en el despacho del hombre de la perilla.

—No cabe duda de que esa es la otra salida, la que emplean para evacuar más deprisa y seguramente la que utilizó Giacomo Perucci.

—¿De quién hablas?

—No importa, pequeña, lo que sí interesa es que todas las piezas de este rompecabezas se van juntando, aunque por ahora es Maurice Ben Anui quien tiene la sartén por el mango.

De pronto, Perck se detuvo. Empujó a la joven hacia la pared y la besó en los labios. Ella, entre sorprendida e indecisa, preguntó:

—Tony, ¿qué ocurre?

—Sigue hablando tú sola en voz alta. Estoy seguro de que hay alguien tras la puerta, tengo que sorprenderlo.

Rafy Caywell continuó hablando mientras el agente de la Interpol se acercaba sigilosamente a la puerta, procurando no

quedar al alcance de la mirilla.

Introdujo la llave en la cerradura sin hacer ruido. La volteó y abrió la hoja súbitamente para apresar al que escuchaba tras ella.

No se había equivocado su finísimo oído. Habían sido sorprendidos en su charla, pero él, por su parte, no había logrado sorprender al sicario del franco-argelino.

—¿Qué tal, polizonte? No te esperabas esto, ¿verdad?

Era Petit que le encañonaba con una automática provista de silenciador. Sonreía por su triunfo. Maurice le premiaría por aquel trabajo.

—No irás a creer todo lo que he dicho, ¿eh?

—Naturalmente que sí, polizonte. Ahora, dame la llave. Te vas a quedar quietecito con la chica hasta que regrese el jefe. Luego, quién sabe. Puedes morir de un balazo o quizá te encuentren en el Sena, desnudo y con la cara quemada para que no te identifiquen. Comencé a sospechar de ti cuando reconocí a la chica como a la que estabas besando en la Torre Eiffel. Era demasiado extraño que ella misma fuera quien hiciera desaparecer la cocaína del balón.

—Está bien, Petit, esta vez has ganado tú. No voy a pedirte clemencia por salvarte la vida en el río.

—No me la pidas porque no te la daría. Salvarme fue un error por tu parte, polizonte.

—Sí, eso creo —dijo como sintiendo su fracaso.

—Dame la llave.

—Toma. Ya todo está perdido, ¿qué más da?

El norteamericano alargó la llave y Petit se inclinó ligeramente para recogerla. Al mismo tiempo, Perck proyectó su pie izquierdo hacia delante, con la agilidad propia de un gimnasta.

La puntera golpeó la mano armada del galo y un disparo dejó un agujero en el techo.

Petit no soltó esta vez su arma, una pistola repuesta en el arsenal de la guarida.

Perck se le arrojó encima y ambos forcejearon. Sabían que uno de los dos tenía que morir.

Rafy, impotente, contempló lo que ocurría desde el umbral de su calabozo. El nerviosismo la obligó a retorcerse los dedos.

Petit era físicamente inferior al norteamericano, pero resultaba un manojo de nervios imposibles de sujetar.

Perck consiguió retorcer su mano armada y cuando la apoyó sobre el pecho de este, le oprimió como pudo el dedo colocado en el gatillo. En aquellos instantes no cabía la piedad ni la compasión.

Petit abrió la boca, mostrando sus dientes afilados. Intentó gritar y dos hilillos de sangre empezaron a resbalar por las comisuras de sus labios.

—¡Lo has matado! —dijo Rafy asustada.

—No había otro remedio. Era él o nosotros, y nosotros significamos algo más que dos vidas. Representamos a una sociedad honrada que confía en mí y como tú colaboras conmigo, también confía en ti.

—¿Y ahora qué haremos?

—Esconder el cadáver antes de que lo descubran los demás. Voy a ver qué hay detrás de aquella puerta de allá abajo.

La puerta en cuestión resistió al primer intento, pero Tony insistió utilizando al fin una llave que no era tal, sino una especie de palanquita de acero. Con ella consiguió franquear la hoja al ver lo que había detrás, exclamó:

—Es el hueco del ascensor. Nos sirve, porque el ascensor está arriba en estos momentos.

Rafy vio cómo el agente de la Interpol arrastraba el cadáver hasta el hueco y lo arrojaba por él. La caída fue pequeña, no más de un metro, y el cuerpo quedó entre las poleas y cables. Perck se apresuró a cerrar de nuevo.

—¿Lo descubrirán?

—Imposible. Cuando salgan del ascensor, el cadáver quedará oculto y si el ascensor no está abajo, la puerta no podrá abrirse a menos que hagan lo que yo, forzarla.

—Pero se darán cuenta de su desaparición.

—No te preocupes, yo me encargaré con un poco de suerte. Ahora viene lo difícil, tengo que pedirte algo duro.

—Di lo que sea.

—Tendrás que volver a esa especie de calabozo.

Rafy tragó saliva.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé. Procuraré sacarte en cuanto pueda, pero antes tengo que abortar el contrabando que está a punto de llevarse a cabo.

—Bien, Tony. Si me torturan, resistiré.

—No, pequeña, no podrán torturarte. Tú tendrás la llave de tu propia cárcel. Ellos no podrán entrar a por ti y ni siquiera llegarán a imaginar que la llave está en tus manos. Sin embargo, tendrás que exponerte a que descerrajen la puerta a balazos.

—Resistiré.

En aquel momento se escuchó un ruido apenas perceptible, pero que les hizo comprender que el ascensor estaba bajando.

—Corre, Rafy, escóndete. Toma la llave y cierra por dentro. Por más que te pregunten a través de la puerta, no respondas nada.

Apenas había cerrado, Tony regresó al cuarto donde Françoise continuaba durmiendo.

El ascensor se abrió y de él salió Maurice Ben Anui. Su rostro reflejaba satisfacción, sus planes rodaban a la velocidad que él deseaba.

CAPÍTULO X

Cuando Tony Perck salió de la habitación, retocándose el nudo de la cortaba como si acabara de anudárselo, descubrió al franco-argelino y a cinco de sus hombres rodeándole. Sin vacilar y con una sonrisa se encaminó hacia ellos.

—Hola, Maurice. ¿Todo bien?

—Sí, muy bien. ¿De dónde sales ahora?

—De la habitación, Françoise se ha quedado dormida. Yo no tenía ya más sueño.

—¿Por casualidad has visto a Petit? —inquirió ceñudo.

—¿Petit? —repitió Tony perplejo.

—Sí, el que pescaste en el río.

—Ah, ese tipo bajito... Pues no, no lo he visto. Creo que él se ha llevado a la inglesa, ¿no?

—Sí, eso es, pero tendría que estar aquí, pues la inglesa sigue tras esa puerta —indicó Ben Anui ante las miradas impacientes de sus secuaces.

Entre ellos había dos conocidos, dos hombres que Perck recordaba perfectamente. Eran los *bouncers* del Jazz-Streep Club, Paul y Napo.

—Si lo que quieres es hablar con la chica, abre la puerta y hazla salir.

—¡Imposible! ¡Petit, el idiota de Petit, tiene la llave! ¿Dónde se habrá metido ese imbécil? —rugió el pelirrojo.

—Pues, yo no lo sé.

—Está bien, ahora tenemos prisa. Después de todo, la chica está segura aquí dentro. Cuando vuelva y encuentre a Petit, le daré de puntapiés hasta que se rompa la piel de mis zapatos —gruñó Ben Anui.

Perck, interesado, preguntó:

—¿Ya está todo dispuesto para recibir la mercancía?

—Sí, hemos de partir ahora. Mis hombres ya lo tienen todo a punto. Tú nos acompañarás, pero tengo que imponerte una pequeña condición que espero no te molestará.

—Bueno, eso depende.

—Mis hombres te vendarán los ojos.

—¿Por qué? ¿Es que no te fías de mí?

—Sí, pero tengo por norma que nadie que no sea de mi banda conozca las entradas y salidas de este reducto. Tú no puedes ser una excepción, aunque seas mi mejor cliente. Después de todo, ¿qué importa que veas o no la salida?

Ante la sonrisa de Maurice, Tony Perck no pudo menos que encogerse de hombros y aceptar.

—Como quieras.

Le cubrieron los ojos y luego, entre los hombres de la banda, todos ellos fuertemente armados, se metieron en el ascensor.

Este les llevó a un lugar que correspondía a la descripción de Rafy. Tenía que ser grande, a juzgar por el eco.

—Cuidado, yanki, baja la cabeza, que vas a entrar en un coche.

Perck obedeció. Poco después, el auto arrancaba. Notó la subida al sentirse inclinado hacia atrás. Luego, ya en el exterior, escuchó el martillo neumático de que le hablara la inglesa.

En una ciudad de ocho millones de habitantes era imposible hallar un martillo neumático en especial. Había tantos en tan innumerables obras en construcción que trabajaban día y noche.

Perck se inclinó hacia delante y dijo con naturalidad:

—Este lazo del zapato me va tan flojo...

Deshizo el cordón bajo la mirada del propio Maurice. Al mismo tiempo, su dedo meñique se introdujo por el borde de la suela y accionó un diminuto pivote del emisor camuflado. Este comenzó a lanzar sus ondas al espacio.

Así le podrían oír los hombres que día y noche habían permanecido atentos en espera de aquella señal con los auriculares colocados.

—Bien, yanki, ya es hora de quitarte la venda. Sabes arreglártelas bien sin los ojos.

—Bueno, hacerse el lazo del zapato no tiene ninguna importancia.

Cuando sus pupilas quedaron libres, no sufrió ningún impacto lumínico. El interior del coche se hallaba casi a oscuras y era de noche, muy de noche.

Giró la cabeza y miró hacia atrás. Luego, preguntó:

—¿Todos vamos en este coche?

—No, van tres coches iguales. Solo cambia el color de cada uno.

—¿Te gusta el «DS»? —sonrió el americano.

—Pues sí, es un auto que me satisface.

—¿Y a dónde vamos ahora?

—A Cap de la Hague.

Perck demostró perplejidad.

—¿Y dónde diablos para eso?

—Es un pequeño cabo de la costa normanda.

—Pues debe quedar lejos.

—A unas horas de viaje, pero mis chicos conducen rápido.

Hemos de estar allí antes del amanecer.

—¿Puede surgir alguna dificultad?

—Sí, podría haberla de no avisarme a tiempo, pero han efectuado la llamada y ya estoy al corriente de lo que ocurre.

—¿Algo malo?

—Teníamos comprado al cuidador del faro de Cap de la Hague, pero él se ha puesto enfermo y ha ido su compañero.

—¿Y ese no está comprado?

—No, pero da igual.

—¿Confías en su soborno? —preguntó Perck un tanto irónico.

—Oh, no hay tiempo para charlar. Se hará algo más práctico.

—¿Puedo saberlo?

—Sí, es fácil. El tipo ese sufrirá un accidente. Mañana lo encontrarán sobre las rocas del acantilado. Una caída trágica puede sufrirla cualquiera y más cuando uno se encuentra solo.

—Comprendo.

Se hundieron en un mutismo mientras el «Citroën», precedido y seguido por sus gemelos, rodaba a ciento treinta por la autopista del sudeste. Luego entraría en Normandía cogiendo la del este. Más tarde, la carretera se convirtió en una de tercer orden y llena de socavones.

Eran las cuatro cuarenta cuando arribaron a Cap de la Hague. Las señales del desembarco deberían realizarse a las cinco y cinco de la madrugada.

Los tres poderosos «Citroën» quedaron encarados con el acantilado, cuyas aguas chocaban contra las rocas.

De pronto, en lo alto del faro, brilló una luz verde mientras el potente foco continuaba dando vueltas.

—Ya está todo dispuesto —comunicó el franco-argelino.

—¿No hay que ir en busca del farero? —inquirió Perck ceñudo.

—No, estaba todo previsto y ese asunto ya se ha solventado. Me gusta planear bien las cosas. Dos de mis hombres hace un par de días que estaban aquí esperando. Uno de ellos ha hecho brillar la luz verde y eso quiere decir paso libre.

—Lo que significa que el farero ya debe estar entre las rocas.

—Exacto. Ahora bajaremos al pequeño muelle que hay al otro lado del cabo.

Los coches se pusieron de nuevo en marcha. Por un camino pedregoso, sin asfaltar, descendieron al embarcadero de madera. Tras ellos quedaba un espeso bosque de pinos.

Maurice dio una orden y los faros se apagaron. Luego, sonriendo, invitó:

—Bajemos, yanki. Nuestros amigos no tardarán en llegar.

Tony Perck lamentó el asesinato del farero, uno más que cargar a la ya larga lista del euroafricano y sus secuaces, pero él ya nada podía hacer por aquel desgraciado. Seguramente, su cadáver estaría bañado por la espuma de las olas que chocaban contra las rocas.

Respiró el aire salino y estiró sus piernas, cansadas del largo viaje en coche.

A las cinco y tres minutos, el foco del faro se detuvo por espacio de diez segundos. Después, volvió a ponerse en marcha. Dio dos vueltas y tornó a detenerse.

—Esa es la señal convenida —advirtió Ben Anui.

Perck trató de escrutar el mar, pero no vio nada. Aquella madrugada era oscurísima. El sol aún tardaría una hora en salir y por si fuera poco, una bruma baja y densa descendía por el Canal de la Mancha.

No tardaron en percibir el sonido de un potente motor diesel, un motor para naves de poca envergadura.

—¡Ahí llegan, han sido puntuales! —anunció Maurice satisfecho, pues todo salía como él lo había preparado.

El norteamericano vio surgir de entre la niebla una forma oscura como un gran monstruo marino.

Cuatro hombres de la banda se situaron junto al borde del muelle y encendieron sendas linternas.

La nave que se aproximaba llevaba todas las luces apagadas. Cuando atracó, Perck pudo identificarla como un pesquero japonés

de los que normalmente trabajan en el Atlántico y tienen sus bases en Canarias, las islas Azores y el sur de Inglaterra,

Una burda pasarela unió el pesquero con el embarcadero. Instantes después dos sujetos pequeños, embutidos en jerséis negros, saltaron a tierra.

Sus manos estaban armadas por cortas ametralladoras, tan japonesas como ellos mismos.

—Hay que entrar a ver a nuestro proveedor —anunció Maurice indicando a Perck que comenzara a caminar.

El norteamericano no se entretuvo y pasó al interior de la nave.

Todo era oscuridad a su alrededor. Seguía a alguien cuyo rostro no veía y él, a su vez, precedía a otro individuo al que no podía identificar.

Solo logró ver unos ojos oblicuos al pasar junto al asiático que custodiaba la entrada de la nave.

Mientras avanzaba por cubierta, sacó uno de los paquetes de cigarrillos que extrajera de su equipaje. Tiró de la cinta azul de celofán y arrojó el paquete por uno de los respiraderos.

Cruzaron el umbral de una portezuela y luego anduvieron por un angosto pasillo. Sin perder tiempo, Perck lanzó el otro paquete sobre lo que supuso sería la cabina para el almacenaje del gas-oil.

Sabía que se estaba jugando la vida, que quizá no saldría jamás de aquel pesquero japonés que traficaba con estupefacientes. Aquellos paquetes que él había arrojado no eran otra cosa que poderosos explosivos que actuaban con un mecanismo retardado.

Al final penetraron en una estancia que debería ser el puente de mando. El capitán de la nave, un japonés grueso, con bigote fino y ojos que desaparecían bajo las amplias mejillas, les miró escrutadoramente.

—¿Dónde estar Ben Anui?

Nadie respondió,

Perck, extrañado, volvió su rostro. Allí dentro había tres miembros de la banda del franco-argelino, mas este no estaba ¿Cuándo y dónde había desaparecido?

De pronto, desde el exterior de la embarcación, alguien gritó:

—¡La policíaaaaa!

CAPÍTULO XI

Si un estilete hubiera atravesado el brazo del capitán japonés, no le habría sacado sangre.

Tras permanecer quieto un segundo, golpeó la mesa con ambos puños y rugió:

—¡Maldición, hay que salir pronto de aquí!

Después, comenzó a despotricar en su lengua nativa. Perck no comprendió su jerga ni tampoco le interesó.

Los tres secuaces, tras oír la advertencia de uno de sus compañeros, previniendo que venía la policía, se lanzaron contra la puerta de salida.

Una fuerte explosión hizo temblar la nave y no tardaron en brotar algunas llamaradas del interior de la misma. Poco después, una segunda explosión más intensa y más cercana.

Dos de los traficantes fueron lanzados hacia atrás y el pasillo no tardó en quedar cubierto de llamaradas.

Una tercera explosión, mucho mayor, hizo que el fuego se elevara casi a veinte metros de altura. El depósito de gas-oil acababa de estallar.

«¿Dónde diablos tendrán la droga?», preguntó Perck.

No había tiempo para encontrarla. La nave, con el casco abierto y envuelta en llamas, comenzaba a hundirse rodeada por un mar de fuego. El gas-oil encendido se había desparramado sobre las olas.

En medio de una nube de humo, Perck consiguió saltar por una ventanilla a la borda. Las llamas la envolvían y de un momento a otro podía quedar devorado por ellas.

Uno de los forajidos pasó por su lado como una exhalación. Intentó saltar al muelle y no lo consiguió. Perck le vio hundirse entre las llamas con un alarido infrahumano.

El capitán japonés, armado de un potente ametrallador, subió a lo alto de la nave, junto a la chimenea. Allí arrancó la funda a una pesada ametralladora antiaérea.

—¡Malditos, os aniquilaré a todos! —rugió.

Los coches policiales habían llegado cerca del muelle. Tenían los faros encendidos y con ellos iluminaban la dantesca escena que tenía lugar.

Varios de los secuaces del franco-argelino, deseosos de escapar, caían impotentes en sus manos.

El japonés, con los ojos brillantes, casi llorando a causa del humo, bajó el cañón del potente ametrallador antiaéreo y apretó el gatillo.

Poseído por la rabia y el furor, disparó contra todas las sombras inidentificables que corrían de un lado a otro.

Varios de los hombres de Maurice fueron segados en la huida por las pesadas balas. Después les tocó el turno a los coches de la policía. Sus faros fueron materialmente barridos y los cristales de los parabrisas quedaron hechos añicos.

—¡Tengo que acabar con ese loco amarillo o aquí no quedará nadie vivo! —gruñó Perck.

Sacó de la sobaquera su «Parabellum» y disparó hacia lo alto casi sin apuntar. No le hacía falta, era un perfecto tirador.

El asiático sufrió sendas convulsiones pero no cayó, aferradas sus manos a la culata del ametrallador sujeto por un eje a la baranda.

Sus pupilas descubrieron al americano y rápidamente lo encañonó apretando el gatillo.

Tony no dudó más, aquel tipo iba a dejarle peor que un colador si no escapaba a su punto de mira.

Se lanzó como un acróbata por encima de las llamas que le rodeaban. Cayó sobre el muelle y rodó sobre sí para acabar poniéndose en pie. El tableteo de la ametralladora parecía perseguirle. De pronto, cesó.

Cuando volvió la vista, el capitán de la nave contrabandista se sumergía en las llamas de su buque que no tardó en desaparecer.

—¡Alto! —le gritaron mientras lo encañonaban.

—¡Eh, no disparéis! —advirtió alzando su mano—. ¡Soy Tony Perck!

—¡Diablos, creí que ya no volvería a verte más, muchacho!

Alguien se adelantó corriendo. Era un anciano ágil, J. Sorcié, comandante de la Interpol.

—Hola, comandante. Yo también temí no poder salir de esta.

—¡Ha sido un éxito! —anunció satisfecho—. ¡Hemos hundido la nave y todo gracias a tus señales de radio! Al fin hemos podido localizarlas y nos ha sido relativamente fácil seguiros hasta aquí. La

banda ha quedado destruida, pero no hemos podido cazar a nadie vivo.

—¿No? ¿Cómo ha sido eso? —inquirió Perck perplejo.

—Ese diablo de la ametralladora los ha barrido a todos, y supongo que entre las llamas del barco habrán quedado otros.

—Sí, pero ¿y Maurice Ben Anui?

—¿No estaba dentro? —preguntó el comandante.

—No, es como si hubiera olido su llegada. ¿Dónde están los coches?

—¿Te refieres a esos de ahí? —inquirió señalando a los «DS» que había junto al muelle.

—¡Por Satanás, ese tipo ha logrado huir! ¡Solo hay dos coches, falta uno!

—Nosotros no lo hemos cruzado.

—¡Ese Maurice se las sabe todas, habrá escogido otra carretera!

—No te preocupes, muchacho, voy a dar orden por radio de que lo intercepten. Has dicho que es un «Citroën», ¿de qué color?

—Lo ignoro, coronel.

—Bueno, no importa demasiado, si es preciso se detendrán todos los «Citroën» del país. La captura de Maurice Ben Anui bien lo merece.

—Pues rápido, coronel. Si ese hombre escapa volverá a su impenetrable madriguera y allí hay alguien que no puede morir.

—¿A quién te refieres?

—A una chica.

—Muchacho, tú siempre envuelto en líos de faldas. ¿Es la del balón de fútbol?

—Sí, la misma a la que ustedes dieron el cambiazco de la pelota. Por poco, Maurice se queda con la cocaína auténtica. Le hubiera gustado ver la cara que puso cuando descubrió que era fenil butazona.

El coronel rio por lo bajo.

—¿Y la chica qué dijo?

—La pobre no sabía de qué iba, pero no se lo digamos jamás. No me perdonaría este pequeño engaño.

—¿Y cómo metiste a la chica en la guarida?

—Todavía no lo sé bien. Lo importante es que tengo que sacarla, y esta vez va de veras. Hemos de capturar vivo a Maurice, cueste lo

que cueste.

—Todo se arreglará. ¡Eh, muchachos, poned en marcha las radios!

—Imposible, coronel. Las radios no funcionan ni los coches tampoco. Hemos quedado incomunicados. El tipo de la ametralladora lo ha hecho todo polvo; ni que hubiera sido artillero en la guerra del Pacífico.

El comandante Sorcié dio una patada a una piedra al tiempo que exclamaba:

—¡Maldita sea, otra vez se nos ha vuelto a escapar, ahora que le había pillado con las manos en la masa y podía imputarle todas las penas habidas y por haber!

Echando a correr, Perck exclamó:

—¡Yo no me doy aún por vencido, coronel!

—¿Qué haces, muchacho, te has vuelto loco? —preguntó a gritos el miembro importante de la Interpol mientras sobre el agua las llamas iluminaban la escena.

—¡Voy a buscar a Ben Anui, aunque tenga que bajar al mismísimo infierno!

Montó sobre uno de los «Citroën» abandonados, y poniéndolo en marcha se lanzó en busca de la carretera que había de conducirlo a París. Sus compañeros de la Interpol quedaron allí, haciéndose cargo de los cadáveres que yacían desperdigados.

Durante el largo recorrido a París se le hizo de día, pero solo detuvo el coche para repostar combustible.

Al fin el automóvil, con el motor hirviendo pues Perck había mantenido en todo momento el acelerador hasta el fondo, entró en la gran urbe.

Un semáforo le obligó a detenerse en un cruce de calles. En aquel instante se preguntó:

«¿Dónde diablos estará la guarida? Buscar la entrada por la que Petit me introdujo resultaría demasiado laborioso. Quizá perdería un día entre sus túneles.»

Cuando la luz verde se hizo, arrancó de nuevo el automóvil.

Optó por una solución más fácil, pero arriesgada. Se dejó llevar por su instinto de la orientación.

Tras rodar por el centro de París se encontró frente al Jazz-Streep Club. Vio sus puertas cerradas, y en aquel instante llegó a sus

oídos el ruido inconfundible de un martillo neumático.

Volvió su vista hacia el cristal de la portezuela derecha y al otro lado de la acera vio unas obras.

«¡Por Satanás, me parece que voy por buen camino!»

Rápidamente escrutó los alrededores del club propiedad del franco-argelino, aunque en el registro de la propiedad no figurara su nombre.

—¡Ten cuidado, imbécil! —le chilló alguien al verle virar de pronto.

Tony no contestó. En aquellos momentos, su atención se centraba en la puerta de un garaje subterráneo que acababa de descubrir. Rápidamente leyó el rótulo que había al lado de las franjas blancas y rojas:

«Garaje privado para los clientes del Jazz-Strepp Club.»

—Por todos los diablos. ¿Cómo no he caído antes? —gruñó enfilando hacia el interior.

Se introdujo con el coche y sintió la impresión que le explicara Rafy. Luego, detuvo el auto frente a la cabina del ascensor una cabina con puertas herméticamente cerradas. En ellas no había ni un mal cristal para ver el interior del hueco.

Nadie le salió al paso. Quizá el guardián del garaje había reconocido el «Citroën» y acababa de tomarle por uno de los miembros de la banda.

Tiró de la manecilla de la puerta y esta cedió. No tardó en verse aislado dentro de la caja del ascensor. Encarándose con el cuadro de mandos leyó:

«Botón negro, al club. Botón blanco, al garaje. Pues este trasto tiene que ser el que baje a la guarida.»

La luz del ascensor provenía del techo y era indirecta. Había una especie de marquesina interior y tras ella se escondían los cuatro fluorescentes que iluminaban la cabina.

Tony introdujo su mano dentro de la marquesina y pasó los dedos por ella hasta que su rostro reflejó satisfacción. Acababa de dar con un pulsador y sin dudar un instante, lo oprimió.

El ascensor se puso en marcha, y tal como él esperaba, descendió hasta detenerse a unos diez o quince metros bajo tierra. A

través del garaje, Maurice debería proveerse de electricidad, línea telefónica, agua y aire fresco para su guarida.

Antes de abrir la puerta pudo escuchar claramente a Maurice diciendo a gritos:

—¡Maldita, tú me dirás dónde está la cocaína!

Rafy Caywell, en su celda y tal como le ordenara Perck, no respondió.

—Jefe, ¿reventamos la puerta a balazos? —preguntó Paul, uno de los dos hombres que habían escapado de la masacre de Cap de la Hague. El otro era Napo.

—Sí, será lo mejor. Hay que abrirla como sea.

Pero quien abrió la puerta fue Perck para salir del ascensor.

—¡No tocaréis a la chica! —advirtió pistola en mano.

—¡El yanki! —gruñó el gorillesco Napo.

Maurice rugió como un demente.

—¡Matadle, matadle!

El primero en disparar fue Perck.

Primero cayó Napo, con una bala en la frente y luego Paul, con dos en el pecho.

El franco-argelino tuvo tiempo de saltar hacia una puerta lateral, correspondiente quizá a una habitación de la guarida.

—¡Entrégate, Maurice, no tienes escapatoria! ¡Arriba, el garaje, está lleno de policías! —conminó y mintió al mismo tiempo.

—¡Maldito yanki, no conseguirás lo que quieres! ¡Ya suponía que me harías una jugarreta; solo tú podías haber avisado a la policía!

—Pero tú has tenido tiempo para largarte antes de que cayeran los demás.

—Sí, en cuanto uno de mis hombres me ha avisado de que se acercaba la policía os he dejado allí y he emprendido la fuga. Era lo lógico. ¿No crees, polizante?

—¡Sí, pero esta vez ya no escaparás a la Interpol! ¡Si hay alguien más, que salga con los brazos en alto, de lo contrario morirá!

En aquel instante el alemán Heiden, con su aspecto bobalicón, apareció con las manos alzadas.

—¡Yo me entrego! —exclamó con su fuerte acento germano.

—¡Y yo también! —surgió Françoise con las manos en alto.

—¡Malditos traidores, no escaparéis! —rugió Maurice

disparándoles sin piedad y a bocajarro por la espalda.

Ambos cayeron, cosidos a balazos.

—¡Eres el propio Satán, Maurice, pero caerás! ¡He venido a cazarte y no escaparás!

—¡Si todo está perdido, antes mataré a tu chica!

El franco-argelino dio un salto plantándose en el pasillo frente a la puerta de acero. Clavó el cañón de su arma por el hueco de la mirilla y apretó el gatillo.

Tony, por su parte, también saltó al pasillo.

Solo quedaba una bala en su cargador, lo sabía. Apuntó y disparó. Las detonaciones sonaron todas al mismo tiempo.

Ben Anui se giró hacia el americano. El cuello de su camisa comenzó a teñirse de rojo. Su garganta había sido perforada limpiamente por el plomo.

Quiso hablar y no pudo. Por su boca también manó sangre.

Dio un traspié, intentó apuntar sobre su enemigo ya desarmado, pues carecía de proyectiles en el cargador, y disparó. Pero la bala se clavó en el suelo cimentado. Luego, él lo midió con su propio cuerpo. Estaba muerto.

—¡Rafy, Rafy! —gritó Perck golpeando la puerta de acero.

Temía que a la muchacha le hubiera sucedido lo peor, y se percataba de que aquella puerta solo podía ser abierta desde el interior, pues él mismo le había entregado la llave a la joven.

La llave giró dentro de la cerradura y cuando la puerta se abrió apareció la morena. Estaba pálida, trágicamente pálida.

—¡Tony!

—¡Rafy, cielo! ¿Te ha herido?

—No, pero apuntó bastante —señaló un lazo que había en el hombro de su vestido y que aparecía perforado limpiamente.

El hombre la abrazó con fuerza, como si pretendiera fundirla con su propio cuerpo.

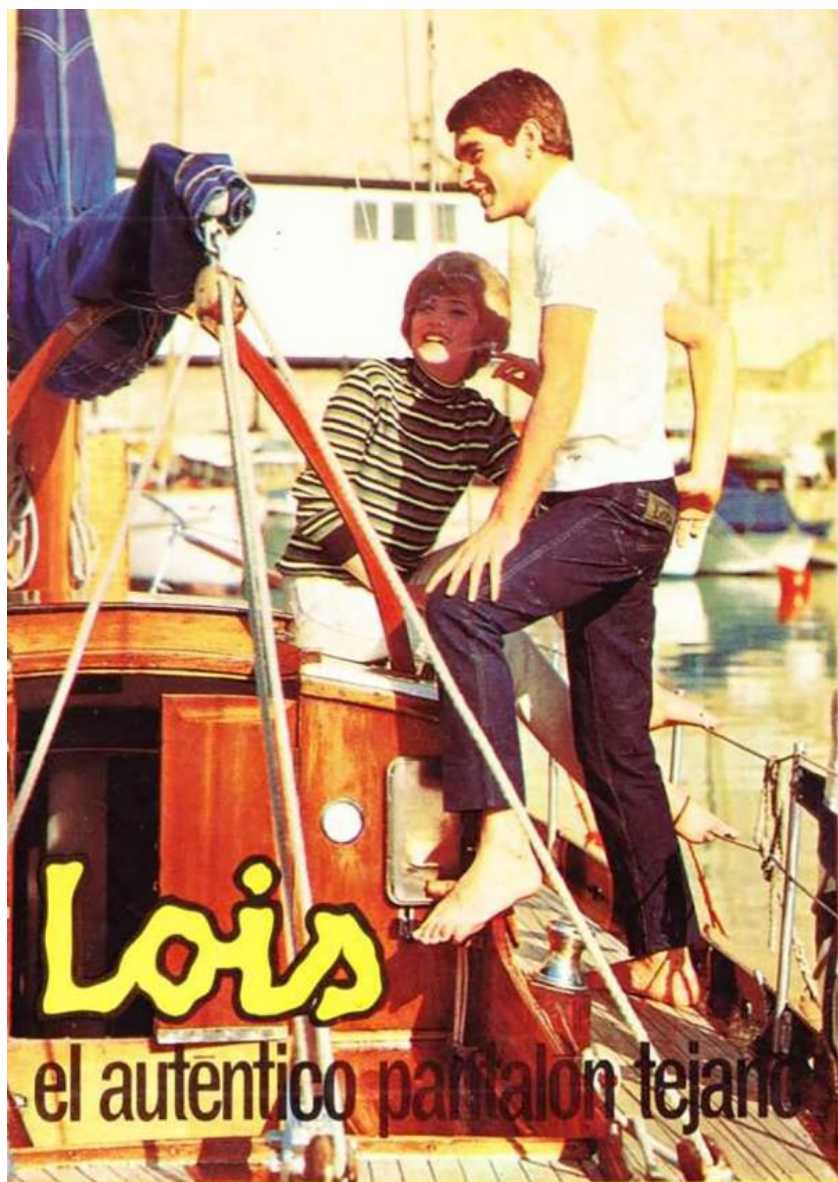
—¡Muñeca, cielo, qué mal rato me has hecho pasar!

—Tony, Tony, yo también he temido por ti —dijo ella reaccionando y besándolo con desesperación, como si temiera que fuera a escapársele una vez más para abandonarla en aquella guarida subterránea más propia de un demonio que de los hombres.

—No temas; si tú quieres, ya no volveremos a separarnos, es decir, mientras yo no esté de servicio. La Interpol me necesita.

—¡Y yo también! —exclamó ella besándole fuertemente en los labios como jamás soñara que pudiera besar.

FIN



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.